



LA QUIETUD DE NUESTRO FINAL

CATHERYNNE M. VALENTE

HISTORIA

CATHERYNNNE M. VALENTE

ILUSTRACIONES

SURFSIDE 3D

EDITORIAL

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT, CHEUNG TAI

ASESORÍA DE TRASFONDO

SEAN COPELAND

CONSULTORÍA CREATIVA

RAPHAEL AHAD, CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS,
KOREY REGAN

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, ANASTASIIA NALYVAIKO,
TAKAYUKI SHIMBO, JT TORREA

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

VALERIE STONE

TRADUCCIÓN

FRANCISCO DELMIRO (REVISIÓN DE MANUEL MATA
ÁLVAREZ-SANTULLANO)



Blizzard.com

© 2026 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.



SEMILLA

La anciana Hagar solía decir que el perdón era una semilla: uno la plantaba, y otro la cosechaba. No es un acto único, sino un proceso. Y, como todo proceso natural, lleva su tiempo. Requiere cuidados. No se puede forzar ni apresurar. Debes darle lo que necesita. Luz, agua, sustento... Espacio. Humildad. Restauración. Sin embargo, plantar una semilla en la tierra no obliga a nadie a ocuparse de tu maleza si no lo desea.

Los alumnos de Hagar pensaban que se refería a que uno de ellos había robado el juguete de otro, o que había delatado a alguien que se había escaqueado durante la meditación silenciosa, o tal vez que alguien se había servido una ración de más de setas calientes. Y así era. Pero cuando la anciana hablaba, siempre se refería a muchas cosas a la vez.

Orweyna lo entendía ahora. La lección detrás de la lección. Al fin comprendía que, por muchas semillas que plantara, la persona más querida para ella preferiría quemar hasta la última hoja de arrepentimiento antes que cosechar un solo fruto.



Sin embargo, por más veces que repasara lo sucedido, por más que ordenara sus pensamientos, *nunca llegaba* a ver en qué se había equivocado.

Los días buenos, cuando la luz era más intensa, al igual que Orweyna, se decía a sí misma que había sido un trato justo. Al fin y al cabo, Amarakk seguía vivo. Estaba mejor vivo y odiándola que muerto y sin nada a lo que amar.

Al menos, los días buenos.



Cuando Orweyna era una pequeña y desaliñada semilla, había cinco cosas en toda la protegida y espléndida extensión resplandeciente de Harandar que le encantaban.

La voz de Hagar, que la trataba como alumna y nieta.

El sabor del agua fresca tras una larga caminata.

Las raíces cubiertas de hongos de Teldrassil, el árbol de su pueblo, tan elevadas que envolvían la tierra como el abrazo de una madre.

El olor de las bayas de las vides justo antes de recolectarlas.

Y la sensación de estar junto a Amarakk, su hermano, amigo y aliado en todos sus planes. Que eran tantos...

Nada más le importaba a Orweyna. Todo lo demás *era un obstáculo*. Grandes rocas de desaprobación rodaban entre la aventura y ella, entre la satisfacción y ella. Ya había conocido a todos los habitantes que existían en el mundo, o eso creía, y a todos ellos les encantaba prohibirle lo que podía hacer, tener, ver o probar. Esta situación la enfurecía tanto que juró por las raíces de Teldrassil que jamás amaría a nadie que no la amara *más* que ella. Era tan joven que creía de verdad que ese juramento era la garantía perfecta contra el dolor propiciado por cualquier haranir, rutaani, fungárico o árbol.

Y así continuaba sus días, anhelando la posibilidad de hacer, tener, ver y probarlo todo, por si acaso existía una sexta cosa que amar ahí fuera, escondida.

Excepto la vida de un shul'ka; Orweyna podía vivir feliz sin probarla. Los Shul'ka acarreaban un pesado honor. Eran poderosos guerreros; reservados y distantes... Mas su poder y su honor no eran cosas a las que aspirar. Vivían cerca de la Falla de Aln, alejados de su pueblo; y desde el exilio trabajaban silenciosamente por el bien de todos



los haranir. Habían abandonado la canción de la diosa para poder entrar en la falla sin perderse en el canto fragmentado y mutado que resonaba en esos riscos y valles malditos. Para poder recordar sus nombres mientras contenían a las abominaciones. Para poder proteger Harandar de las pesadillas de los despreciados por Aln, que surgían de la falla antes de que los monstruos pudieran asolar a su pueblo. Para poder llevar la eterna batalla al hogar de las criaturas sin volverse locos por las melodías destrozadas y demenciales que allí sonaban.

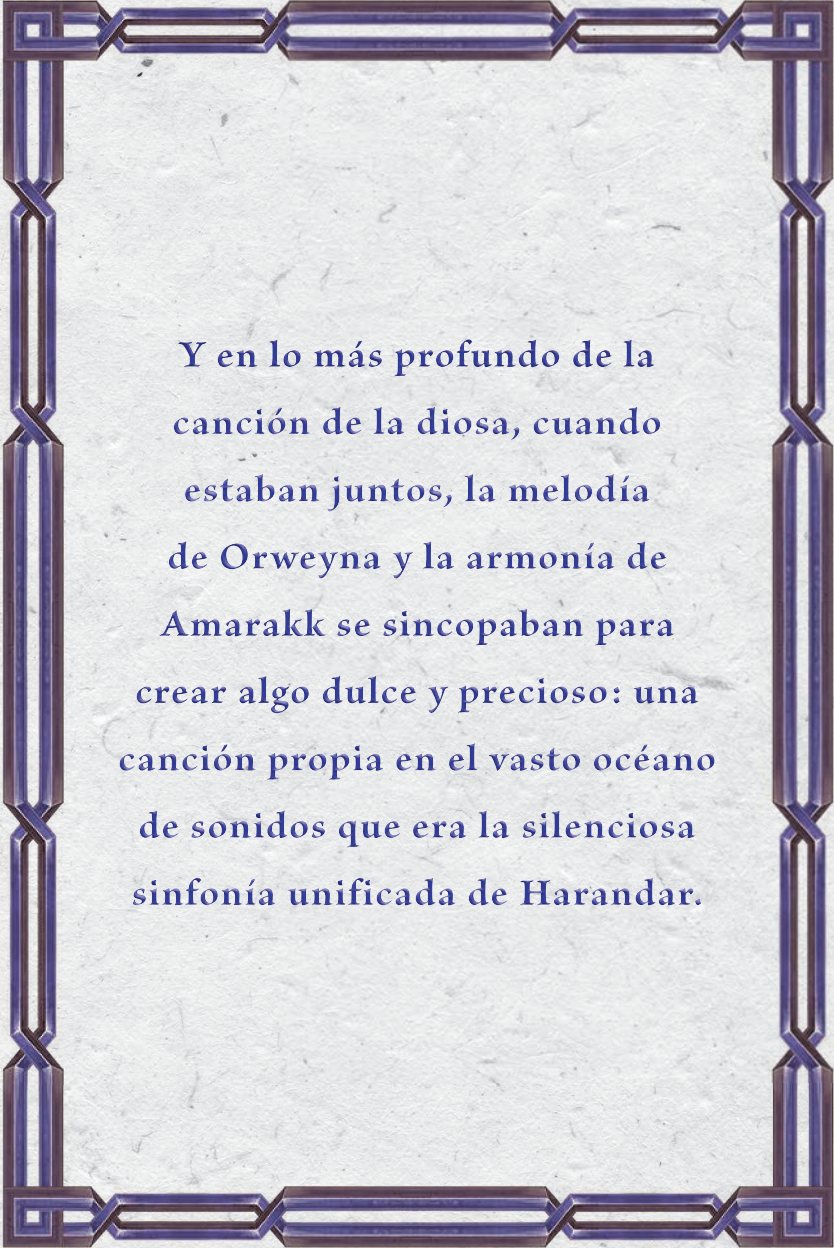
No era algo que pudiera decir en voz alta, pero Orweyna siempre había pensado que los Shul'ka no eran muy distintos de las pesadillas que brotaban de la falla. Versiones retorcidas de los haranir que habían cortado su vínculo con la diosa, y por voluntad propia. Habían provocado no solo el desprecio de la Falla de Aln, sino de la propia Aln'hara, su diosa. Había sido un sacrificio, pero también una herejía.

Sí, había algunas cosas que Orweyna no ansiaba probar.

La canción de la diosa no estaba entre sus cinco cosas favoritas. No era algo que pudiera amar o no, del mismo modo que no puedes amar o no amar el corazón que late en tu propio cuerpo. La canción era la vida, la identidad de cada uno. Sin ella, no eras más que un montón de carne. Sin ella, desaparecías.

Amarakk tampoco contaba: al igual que la canción de la diosa, él siempre la acompañaba. En la siempre floreciente e iluminada Harandar, Amarakk y Orweyna eran inseparables..., pese a los incontables intentos de muchos. Eran dos asas de la misma cesta trenzada, aunque a menudo estuviera en llamas. Indómitos, desobedientes, ingenuos... Salvajes. No importaba cuántos haranir vivieran, rieran, festejaran y trabajaran mientras ellos hacían sus travesuras; el pequeño mundo del serpenteante laberinto de las raíces de Teldrassil era su reino personal. Los dos se escaqueaban de las tareas domésticas escondiéndose entre setas tan altas como árboles centenarios; se abrían paso por campos de micelios y brillantes esporas violetas, tan pequeña e incontables como los minutos de la infancia, que siempre parecen infinitos hasta que, de repente, dejan de serlo. Y en lo más profundo de la canción de la diosa, cuando estaban juntos, la melodía de Orweyna y la armonía de Amarakk se sincopaban para crear algo dulce y precioso: una canción propia en el vasto océano de sonidos que era la silenciosa sinfonía unificada de Harandar.





Y en lo más profundo de la
canción de la diosa, cuando
estaban juntos, la melodía
de Orweyna y la armonía de
Amarakk se sincopaban para
crear algo dulce y precioso: una
canción propia en el vasto océano
de sonidos que era la silenciosa
sinfonía unificada de Harandar.

Y es que nunca se puede separar una canción de sí misma.

Todos esos adultos amargados y gruñones solo veían que aquella huérfana salvaje y el hijo de tan buena familia eran... *diferentes*. Entre los haranir, lo *diferente* no era habitual. Había poco espacio en la imaginación de los ancianos cascarrabias o los severos celadores de raíces para comprender que lo que diferenciaba a esas dos pequeñas criaturas iba mucho más allá del afán de escaquearse de sus tareas. Que la canción de amor divino, que recorría las mentes de cada haranir como un suave contrapunto al ritmo de sus vidas, se elevaba y cantaba en el interior de Amarakk y Orweyna como un coro de mil voces. Y así, sus objeciones resultaban extrañas y febriles, ya que ninguno podía expresar lo que sentía con exactitud.

«¿Por qué no podéis jugar, trabajar y estar contentos como los demás niños?».

«¿Por qué no podéis ser más obedientes?».

«¿Por qué no podéis hacer nada el uno sin la otra?».

—Esto acabará con una desgracia —suspiró el anciano Ruia bajo la luz caleidoscópica mientras observaba a los jóvenes haranir que se reunían en los jardines a la espera de recibir su instrucción.

Pero *ni reunirse ni esperar* figuraban entre los talentos de Amarakk y Orweyna.

—Nuestras costumbres son así por una razón. Desviarse del camino es abrir la puerta al dolor.

—Espera y verás —asintió la anciana Hagar mientras se rascaba una verruga a medio curar detrás de la oreja—. Las invitaciones no siempre llegan a tiempo. A veces nunca llegan.

El anciano Ruia gruñó con rudeza.

—El tiempo me dará la razón. Las malas hierbas rara vez crecen hasta convertirse en flores. Solo se hacen más altas.

La anciana Hagar informó de esta conversación a los pequeños galopines pasado el rato, pues no creía que se debiera hablar a espaldas de los demás.

«Todas las conversaciones sobre nosotros nos pertenecen, tarde o temprano. Más pronto si estamos presentes para escucharlas; y más tarde, y con pronta necesidad de reparación, si solo las tenemos una vez que han pasado por muchas manos. ¿Por qué no ahorramos tiempos y hablar solo una vez, con tanta honestidad y claridad como la suciedad en vuestras narices?».



Amarakk replicó que se convertiría en una flor casi al mismo tiempo que Orweyna comenzaba a sonreír con aire burlón mientras declaraba que se convertiría en la mala hierba más poderosa que hubiera visto Harandar... y que el tiempo le daría la razón.

—Además —dijo Amarakk—. ¿Qué hacen los adultos que sea tan importante?

—Trabajar. Morir —murmuró Orweyna con voz sombría antes de abandonar furiosa la habitación de Hagar.

Eso era todo que sabía con certeza que podían hacer los adultos, porque era lo único que recordaba que hubieran hecho sus padres. No habían caído en una noble batalla ni protegiendo a su pueblo. Simplemente murieron en medio de un grito ahogado. Un repentino desmoronamiento de las raíces que no tuvieron tiempo de ver ni oír antes de que los enterrara profundamente.

Amarakk frunció el ceño y salió en pos de su amiga gritando que el mundo no giraba a su alrededor. Hagar negó con la cabeza. Siempre iba detrás de ella, y seguramente sería así para toda la vida. Cuando Amarakk logró alcanzarla, Orweyna se dio la vuelta entre carcajadas, olvidando por completo la oscuridad. Empezó a golpearle en el brazo hasta que él admitió que *todo* giraba a su alrededor y que era un cabeza hueca con unas orejas estúpidas.

Así son los niños. Así es la infancia.

Pero Amarakk y Orweyna nunca discutían, o al menos, Amarakk nunca ganaba. Hacían cuanto podían por trabajar lo menos posible. Y ninguno de los dos tenía la menor intención de morir.

Rara vez prestaban atención a los otros niños y jamás a los adultos. Y menos aún a sus reglas. La pareja recorrió codo con codo el largo sueño de la infancia. Aunque él era unos años mayor, no importaba, y Orweyna, muy generosamente, no le reprochaba a su querido amigo su avanzada y decrepita edad.

Tal vez fuera inevitable. Después de todo, si cualquiera de los dos hubiera mostrado alguna capacidad de comportarse y hacer lo que se les decía con tanta amabilidad y tan a menudo, jamás se habrían conocido. A la anciana Hagar nunca le habían gustado demasiado los niños tranquilos y obedientes. Ella nunca lo fue. Había decidido cuidar de los brotes a los que nadie más podía convencer para que echaran raíces.



Por eso resultaba problemático que destacaran como alborotadores entre los pupilos de Hagar.

Hagar nunca dejó de intentarlo, pero no había muchas esperanzas de que aquellos dos se comportaran. No mientras respiraran el mismo aire, contestaran a las mismas preguntas antes de que nadie más tuviera la oportunidad de hacerlo, comieran los mismos tubérculos y el mismo néctar cada día, y deambularan en el mismo páramo infinito entre ser *lo bastante adultos como para discutir* y *lo bastante adultos como para ganar*.

Pero lo peor de todo era lo *listos* que eran, mucho más que el resto. Lo que aún no sabían se lo revelaba el crescendo de la diosa que retumbaba en sus corazones. Ese era el primer problema. El otro era que lo *sabían*. Y aunque estaban más unidos que dos hojas de un mismo tallo, Amarakk no podía dejar de esforzarse por impresionar a Orweyna, mientras que esta era incapaz de no tratar de superar a su compinche. Ese era el tercer problema. Y el cuarto.

Pero ¿y el quinto? Ni siquiera el guerrero más fuerte, con la espada más poderosa y un escudo tan brillante como la Cuna misma, podría enfrentarse a él en combate y salir victorioso.

Porque cuando dos niños comparten un secreto, no hay lugar para que los adultos introduzcan sus serias, seguras y sensatas ideas. Y el secreto de Amarakk y Orweyna era enorme. Y delicioso. *Demasiado* enorme y delicioso para dos manos. Tanto que necesitarías cuatro..., *por lo menos*.

—Amarakk —le susurró Orweyna mientras Hagar le decía al pequeño Hannan, con sus mejillas regordetas, que si seguía discutiendo con ella le arrancaría la lengua para utilizarla de anzuelo—, si lo piensas bien, *perdemos el tiempo* escuchando las lecciones de Hagar mientras hay *todo un mundo* ahí arriba.

—¡Shh! —respondió Amarakk—. ¿Quieres que nos arranque la lengua?

Orweyna lo vio en sus ojos: estaba calculando la probabilidad de que la anciana Hagar pudiera cumplir su amenaza de la lengua y el anzuelo. Al fin y al cabo, era *muy* alta, fuerte y misteriosa. Amarakk siempre pensaba las cosas un poquito más que ella. Era un poco más ansioso... y un poco menos seguro.

Pero Orweyna sabía que no debía creerse las bravuconadas de Hagar. Aunque muchos en la aldea veneraban a la anciana, Orweyna era quizás la única que conocía



su otra cara. Era como una abuela para ella, aunque fuese adoptiva. Tampoco es que importara, nunca trató a Orweyna de manera diferente al resto de sus protegidos. «*Así son nuestras costumbres Todos somos uno. Nadie es más importante que el resto*». Entonces pensó que, si la anciana Hagar tuviera el poder de separar mágicamente la lengua de un niño de su cabeza, ya se lo habría hecho a ella mucho antes, dos veces durante las vacaciones y una tercera si la lengua le hubiera parecido especialmente graciosa.

La única forma infalible de conseguir que Orweyna hiciera algo era que Amarakk insistiera en que jamás podría hacerlo. Y para que Amarakk diera un paso al frente, su joven amiga solo tenía que decirle en broma que lo que quería hacer era demasiado peligroso para alguien tan pequeño. Todo era un juego para ellos. Sobre todo, cuando uno sentía el deseo ardiente del otro, pero sabía que no podía dejar de lado el miedo que había en lo más profundo de su corazón e intentarlo por su cuenta.

Él lo sabía. Siempre lo había sabido. Después de todo, una parte del corazón de Orweyna aún creía que habían estado jugando.

—No me seas champiñón —le dijo con un siseo—. Nos escaparemos después de comer. Escóndete detrás de la raíz que parece la calavera de una serpiente. Trae todas las bayas que puedas. Ah, una cantimplora con agua fresca. ¡Y las tijeras de podar! Coge algunos rebozuelos si Ney'leia no se los *zampa* todos en un santiamén.

—¿Y tú qué piensas traer?

—Mi valor, sir Miedica —susurró la joven haranir mientras le guiñaba un ojo—, ya que te has dejado el tuyo en casa.

Unas sombras recorrieron los ojos de Amarakk.

—Ah, ¿sí? —dijo en voz baja.

Orweyna se sonrojó, avergonzada.

—Eso solo fue una vez —murmuró—. Vale, dos. Pero juré que nunca más te abandonaría. *Nunca*. Así que ya está.

Orweyna no seguiría siendo una niña. Todo el mundo crece. Dejaría de ser tan frágil y descuidada, fuera una mala hierba o una flor. Experimentaría muchas alegrías, grandes y sutiles, extrañas y pequeñas. Y si la diosa le preguntara cuál de ellas volvería a elegir, incluso en su último aliento, no podría elegir otra cosa que la alegría iridiscente, ardiente y dentada de agarrar la mano de alguien a quien amas más allá de la lógica y



huir de tu destino para lanzarte a algo que sabes muy bien que nunca estuvo destinado para ti.

En realidad, no existía otro mundo.

Se refería a la superficie, el lugar que su pueblo abandonara milenios atrás, cuando siguieron el canto de su diosa hasta aquí. Y Orweyna había descubierto una magia que permitía llegar hasta ella.

Pero la superficie estaba prohibida, era un lugar al que ningún haranir podía ir, y mucho menos dos niños con las rodillas peladas. Unas enredaderas comenzaron a brotar del suelo mientras Orweyna conjuraba la magia entre las grandes raíces de Teldrassil, tan frondosas que parecían paredes entrelazadas de esmeralda, zafiro y oro. El conjuro invocó un portal en medio de la maraña que, al atravesarlo, hizo que el suelo se elevara y los alejara de su mundo *hacia otro lugar completamente nuevo*.

—¡Orweyna! ¿Lo oyes?

—¿El qué?

—¡Inténtalo!

—¡Lo intento, Amarakk, cabeza de alcorneque! ¿Qué se supone que debo oír?

—¡A ella! ¡Está cantando! ¡La diosa!

—Siempre la oigo. No me aburras.

—¡Pero escucha cómo suena! ¡No la había oído tan fuerte en toda mi vida! Suena extraño, tan melancólico y complicado. Aln'hara siente algo sobre lo que hay más allá del portal. O sobre nosotros. O sobre ella misma, acompañándonos en esto.

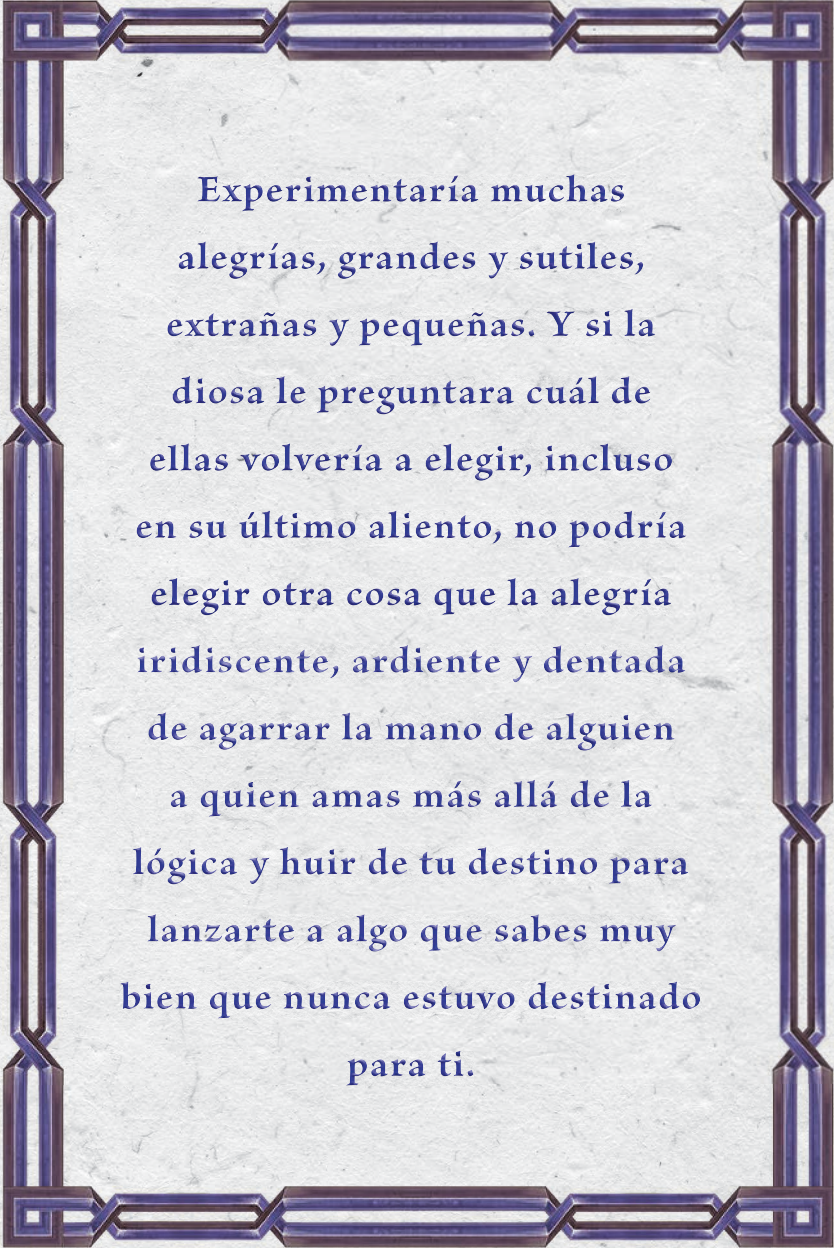
Orweyna sacudió los hombros y estiró el cuello. Amarakk sonrió y arqueó la espalda, mientras estiraba los dedos de los pies en la oscuridad. Habían empezado a descubrir los límites de su poder. No podían hacer nada grande ni aterrador, ni tampoco algo salvaje, pero *¿y algo diminuto?*

Ah, pero *lo diminuto* es el reino del que cada niño nace siendo amo.

Amarakk cogió la mano de Orweyna y la apretó. Ella le devolvió el apretón. Entre los dos apretones, ambos niños desaparecieron.

Y se lanzaron al aire de ese otro mundo. Tras una rápida mirada se transformaron en murciélagos y alzaron el vuelo. Riendo, agitando las alas y las barrigas regordetas, chocando entre sí para demostrar su destreza, lanzándose y bailando hacia la luz.





Experimentaría muchas alegrías, grandes y sutiles, extrañas y pequeñas. Y si la diosa le preguntara cuál de ellas volvería a elegir, incluso en su último aliento, no podría elegir otra cosa que la alegría iridiscente, ardiente y dentada de agarrar la mano de alguien a quien amas más allá de la lógica y huir de tu destino para lanzarte a algo que sabes muy bien que nunca estuvo destinado para ti.

Luz. Era luz real. No la de la Cuna. No la encantadora penumbra de las vidrieras que los había envuelto suavemente durante cada momento de sus vidas. Luz de verdad. Y estaba por todas partes. Tan intensa y brillante que deslumbró sus pequeños ojos y los lanzó ciegamente hacia las nubes vertiginosas.

Nubes. Ni Amarakk ni Orweyna sabían que esa palabra significaba algo más que el vapor que sale de un guiso caliente o el humo de la pipa de un anciano. Pero, mientras, poco a poco, iban recobrando la vista, les pareció que era el término adecuado para describir las gigantescas y lentas masas blancas que se movían por ese cielo de un azul, brillo y belleza imposibles.

Cielo. Solo conocían esa palabra por las historias de la anciana Hagar y las pinturas de la cueva sagrada.

La canción de la diosa aún resonaba en su interior. Tarareando, latiendo, retumbando y suspirando en sus cabezas; cantando sobre la luz de la Cuna y los gritos de los animales y el silencio que creía debajo. Pero, ahora, la diosa cantaba sobre algo nuevo: era una canción cálida, fugaz, con los tonos amarillos y azules de este nuevo lugar. Era un nuevo ritmo. «Arriba, arriba —parecía decir—. *Solo arriba podréis encontrar la respuesta. Arriba, hijos míos. ARRIBA*».

Sí, un nuevo lugar les esperaba al otro lado de la sendarraíz. Un lugar que nada tenía que ver con Harandar. Un lugar donde la luz no emanaba del resplandor de las raíces entrelazadas, sino de una bola de fuego que ardía en el cielo, como dictaban las antiguas leyendas. Donde los colores extraños, sacados de canciones y poemas, te quemaban los ojos con tanta intensidad que veías imágenes residuales brillantes y borrosas durante horas. Donde los sonidos te hacían palpitar los oídos. Sonidos que, a veces, se llamaban truenos. Pezuñas de caballos. El canto de los pájaros.

Otras veces, el chirrido del metal contra el metal.

Y otras veces, gritos.

No pudieron quedarse por mucho tiempo. Todo era demasiado. Todo era gigantesco. Aquella extensión verde bajo el azul en la que desembocaba su pequeña sendarraíz secreta parecía ser un lugar en eterno conflicto. Enormes bestias corrían por las llanuras, con otras igualmente enormes sobre el lomo; bestias con ramas plateadas y blancas en las manos que brillaban bajo la luz y entrechocaban de manera horrible

cuando las bestias colisionaban, gritando palabras que los niños apenas entendían, pero que repetían una y otra vez:

«¡Azeroth! ¡Por Azeroth!».

Siguieron siendo murciélagos todo el tiempo que les fue posible, aterrorizados ante la idea de volver a sus formas originales. Exultantes por poder volar. Aterrorizados ante la idea de no poder volver jamás. Exultantes por haber escapado. Cuando ya no pudieron mantener la forma, se lanzaron en picado y atravesaron el portal para descender de nuevo hacia un lugar familiar y seguro.

Pero no tan seguro como imaginaban.



TIERRA

Tras Azeroth, ¿quién podría volver a las meditaciones y la tranquilidad de la hora del almuerzo? Amarakk y Orweyna no, desde luego. Con el tiempo, comenzaron a retarse a vivir más aventuras en la superficie, a visitar más lugares que no estaban destinados para ellos, hasta que ya no quedó nada nuevo o emocionante bajo la superficie... Salvo, quizá, un lugar.

El Valle de las Nieblas era un lugar bien conocido por ambos: una vasta extensión de tierra donde los haranir patrullaban y cazaban, asegurándose de que ningún despreciado por AIn que hubiera escapado de la Falla pudiera llegar más allá. Sus cazadores, feroces y resistentes, podían acampar en el valle para descansar, curarse las heridas, celebrar un trabajo terminado, brindar por los amigos perdidos o recordar lo que defendían y preservaban con su propia sangre y con una que apreciaban más aún que esta.

Pero para los niños haranir, tan salvajes y revoltosos, el valle era un lugar tan vasto, aterrador, emocionante, fascinante e infinitamente atractivo como una bulliciosa metrópolis. Un laberinto de luces florales y niebla lo bastante enmarañado como para perder el rumbo en él y solo recuperarlo gracias a su ingenio y rapidez. Un lugar en el que una joven haranir podía ponerse a prueba.



«Ven. Encuéntrame en la niebla».

Pero nada crecía al borde de la Falla. Primero recorrieron el Cubil al dirigir su atención hacia allí, escondiéndose, reptando, escabulléndose y escuchando entre los acantilados verdes y las sombras violetas, las negras y serpenteantes raíces y la entrada a la cueva que se abría abajo hacia la niebla plateada y dorada. Pero cuando te escondes, reptas y te escabulles, a veces, *a veces*, tu yo adulto te encuentra antes de haberte preparado para él.

Hay cosas en la Falla. Resulta imposible describir a los despreciados por Aln comparándolos con otros animales, personas o monstruos. Son algo más que engendros, que criaturas deformes... Son seres que nunca debieron existir. Pesadillas que salen reptando de la Falla de Aln.

Cuerpos imposibles. Inimaginables. Conglomerados de anatomías que nunca podrían funcionar juntas excepto para producir una agonía sin fin: pulmones conectados a estómagos, flores y frutos repletos de garras, dientes y miles de ojos malévolos. Huesos de mariposa que soportan los músculos de un minotauro, corazones que bombean viento, llamas y savia verde hacia venas secas y jadeantes. Cuerpos que se odian a sí mismos. Que inhalan en busca de aire para solo respirar dolor. Y todos ellos nacen con un hambre que no se sacia por mucho que devoren.

La mayoría muere a los días o semanas de nacer.

Los que sobreviven son peores.

Y algunos de ellos logran escapar.

Mientras jugaba en la niebla y desafiaba a Amarakk a que la encontrara, Orweyna acabó alejándose del Cubil antes de saber muy bien dónde estaba. La niebla oculta la distancia, la profundidad... El peligro.

Una voz surgió cortante de la niebla grisácea. Un rugido metálico y chirriante de furia. Impuro, herético, antinatural. Orweyna se detuvo en seco, agitando el polvo lleno de esporas. ¿Lo había captado con sus propios oídos? ¿O formaba parte de la disonancia aterrada de la canción de la diosa? Un chillido antinatural de notas que chocaban contra otras y que nunca deberían tocarse. El grito de una pequeña parte rota de su creación, que gritaba de terror y dolor.

—¡Amarakk! —grito, presa del pánico.



Nunca había estado sola, no del todo. Hagar, su aldea, su gente... Siempre estaban cerca. Ni siquiera una huérfana puede estar realmente sola entre los haranir. Y ahora ni siquiera podía ver las pequeñas motas de luz sobre el Cubil. Solo veía gris. Un gris que estaba lleno de chillidos.

Orweyna sentía el aliento en la nuca mientras corría, gritando el nombre de Amarakk, desesperada por escuchar una respuesta. Ya estaba agotada: de trepar, arrastrarse y arañar para volver a la bendita oscuridad, y todo ello sin apenas haber probado bocado desde que se despertó. En la espesa niebla chocó con una raíz que sobresalía de la piedra, fuerte, recta y dura... Pero no, no era una raíz, sino Amarakk, que la agarró con fuerza y se aferró a ella como si estuviera ahogándose. Por un instante pensaron que podrían simplemente huir de la niebla y lo que fuera que acechara en su interior, encontrar el camino de regreso, como siempre habían hecho, y volver a la realidad, lejos de la estúpida fantasía de Azeroth, fuera lo que fuera lo que significara esa palabra. Pero los despreciados por Aln no son de carne y hueso. No están sujetos a las leyes de la tierra, del impulso, la sangre y el aire que se mueve a través de la carne. Estaba muy cerca. Casi dentro de ellos, como su propia respiración.

Amarakk siguió tirando de ella, ciego como un murciélago frente a la luz. Pero Orweyna era más joven. Sus piernas, un poco más cortas. Sus pulmones, un poco más pequeños. Y su miedo, mucho mayor que su cansancio.

La criatura que los encontró en el valle no era tan grande. Más tarde lo reconocerían los dos. Incluso ellos habían oído historias de bestias mucho más gigantescas y hambrientas. Pero entonces solo eran dos niños. Veían a la criatura como la vería cualquier niño.

No era tan grande, pero sí más rápida que un sueño.

Su boca atrapó el talón de Amarakk con gran facilidad. Luego, su gemelo. Y en ese momento, con la otra mitad de la canción de la diosa en una boca de pura locura, con dientes como navajas, Orweyna no vio a un pobre animal salvaje apenas más grande que un puma. Tampoco vio a una bestia hambrienta que había olido carne por primera vez en toda su maldita existencia.

Vio a un gigante. Una masa de dientes afilados como agujas que se alargaban dentro de una rosa de carne, un cuerpo largo de piel luminosa, resbaladiza y aceitosa



que cubría ángulos de pesadilla; unas garras que se abrían paso desde una columna vertebral destrozada mientras la horrible criatura se aferraba a la espinilla de Amarakk, arañando torpemente hacia adelante como un niño que intentara caminar sobre sus párpados. Vio a la muerte que venía a por los suyos, dotada de vida. Una pesadilla hambrienta que iba a devorar a la única persona que le quedaba y a la que no podía perder.

La criatura gritó. Amarakk gritó. La canción en las cabezas de ambos niños lloró y se rompió.

Y Orweyna... se quedó *paralizada*. Una vergüenza que la perseguiría para siempre; imposible de olvidar. La valiente Orweyna se quedó paralizada. Y lo que era aún peor, Amarakk lo vio todo. La criatura había atrapado su pie en el amasijo retorcido que era su boca. Sus ojos se fijaron en los de ella y, en lo más profundo, hizo que germinara la decepción.

Amarakk dejó de gritar, y el encantador y travieso destello ámbar de sus ojos se apagó. Se desplomó sobre el suelo del matorral y empezó a llorar como el niño que realmente era, con sonoros sollozos entrecortados por el miedo y la desesperación. Dejó de llamar a su amiga. ¿Para qué? El valor de Orweyna había quedado al descubierto: no era más que una mentira y un alarde para escaquearse de sus lecciones. Orweyna se quedó inmóvil como una piedra mientras veía cómo se rendía la mejor persona del mundo. Casi pudo escuchar cómo decía la auténtica verdad:

«Si solo Orweyna te separa de la ruina, es que nada te separa de ella».

La bestia comenzó a alimentarse.

Cerró los ojos y gimió con algo que parecía placer mientras tragaba la sangre de Amarakk. Los gritos de Orweyna la devolvieron a sus propias pesadillas. Hasta que el repentino silencio rompió su silencio.

Saltó sobre el lomo cubierto de espinas de la bestia, cerró los ojos con fuerza y, soportando el dolor y el aluvión de colores que salían disparados en la oscuridad, clavó su daga mientras se aferraba desesperada a aquel cuerpo. La pesadilla respondió dando patadas, rechinando, escupiendo y arañando..., pero el espacio que hay entre los omóplatos es un buen lugar para atacar a la mayoría de las cosas. Orweyna le cubrió el cuerpo de cuchilladas. Sintió cómo moría entre sus rodillas, cómo se ralentizaba y



gemía la bestia. Sintió cómo se rendía y, cuando lo hizo, oyó cómo se filtraba la canción su agonía en la de la diosa, como tinta azul fría.

Amarakk y Orweyna se acurrucaron juntos en la niebla durante lo que parecieron horas, temblando sin decir palabra. Ella quería decirle lo mucho que lo sentía. Quería decirle lo feliz que estaba de que estuviera vivo. Él quería decirle que tenía miedo, por ser tan pequeño, y tan grande el peligro. Quería decirle que estaba orgulloso de ella, por ser tan valiente, y por ser ahora tan pequeño el peligro.

Pero nadie dijo nada. Solo se abrazaron en silencio. Vendaron sus heridas con ortigas y barro mientras susurraban palabras a cuyo aprendizaje tendrían que haber dedicado mucho más esfuerzo. Si hubieran sido más serios. Si hubieran sido mejores. Si hubieran sido más como el resto de su pueblo, eso que siempre les habían dicho.

Al llegar a casa, contaron una especie de verdad: que un despreciado por Aln se topó con ellos en la selva, que había mordido a Amarakk y que Orweyna lo había matado. Hagar los elogió, pero ninguno pudo sentir la calidez de sus palabras.

Y la conversación entre los jóvenes cambia rápidamente. A cualquier tema ajeno al dolor. A la bestia, sobre cómo había llegado tan lejos en el Valle de las Nieblas sin que nadie la viera. A los Shul'ka, cuya misión consistía en proteger a los haranir de tales criaturas, siempre escasos pero suficientes. A los centinelas que rodeaban el borde de la Falla, que tendrían que haberla capturado.

Amarakk y Orweyna se escabulleron mientras los demás discutían. No soportaban estar en boca de todos. Necesitaban dormir. Su cansancio y su vergüenza les impedían entender del todo lo que decían los ancianos.

Pero, aunque el cuerpo se lo imploraba, Orweyna no logró conciliar el sueño. Fue a la habitación de Amarakk. El corazón de este ni siquiera sabía cómo cerrarse ante ella. Se sentó a los pies de su cama. Acarició su tobillo vendado con suavidad, como una pequeña mascota que espera atención. Pero él no le prestó ninguna.

—Está bien —dijo Orweyna—. Sé una piedra. Yo seré agua. Seré paciente.

Dejó su pequeño regalo junto a la mano de su amigo, envuelto en una larga hoja azul y dorada.

—Te romperás cuando quieras romperte. Y yo siempre estaré a tu lado. Lo juro por la canción de la diosa y por mi propia alma verde.





Durante la meditación matutina, Orweyna pudo ver su disculpa entre los pliegues de la guerrera de Amarakk: un tosco amuleto tallado en la piedra negra que cubría la tierra que habían visto durante su primera aventura en la superficie. Para que siempre recordaran de dónde venían. Dónde había nacido su vínculo. Había tallado un diseño con la misma hoja que había utilizado para matar la bestia, y luego había manchado el surco con pigmentos que había robado a los zur'ashar y su propia sangre. Era algo sencillo: el portal que los había alejado de su hogar y transportado al reluciente mundo de Azeroth.

Aun así, en los días siguientes, apenas se dirigieron la palabra. Incluso los demás niños comenzaron a mostrar su inquietud ante su distanciamiento. El pequeño Hannan rompió a llorar e intentó juntarles las manos para que las entrelazaran bajo la mesa, como siempre habían hecho. Era muy pequeño, el más joven de todos. No dijo nada. Simplemente juntó las manos de Amarakk con las de Orweyna, como si fueran dos partes de una herramienta rota, y los miró fijamente, con sus enormes ojos rebosantes de lágrimas.

Amarakk y Orweyna *debían* estar más unidos que dos enredaderas. ¿Qué otra cosa era más certera en este mundo?

Podían soportar su propio dolor, pero no el de Hannan. Entrelazaron los dedos con una facilidad fruto de la costumbre y le dedicaron un par de sonrisas forzadas.

Su rostro se iluminó. Aunque no los de la pareja. Tal vez, con el tiempo, volverían a hacerlo.

Orweyna no sabía entonces que, durante aquellos días en los que no podían mirarse a los ojos, los pensamientos de Amarakk se volvían cada vez más pesados por la culpa.

Porque si ella se había quedado paralizada, él también.

Si ella sentía vergüenza, él no sentía menos.

Orweyna ni siquiera podía atisbar tales pensamientos. Su silencio tenía otras raíces. No habló durante días porque no podía olvidar el gemido agonizante de aquella bestia. Se repetía en su cabeza una y otra vez, como una melodía tocada en un arpa que jamás abandonaba su mente.



Sonaba como los gemidos de un recién nacido, desesperado por encontrar consuelo en la oscuridad.

Esta idea inquietaba a Orweyna, pues aquella criatura era lo primero que Orweyna había matado con sus propias manos.



Luz

Pasaron días.

Semanas. Luego meses. Y después, más días, noches y meses, todos ellos en compañía de niños salvajes que brotaban como setas alrededor de los pies de Hagar. Estudiando, divirtiéndose, escapando, espionando y regresando al amparo de la luz de las flores y los susurros. Creciendo como flores de la vid, cada noche más abiertos, extendiéndose y enviando zarcillos y brotes hacia el dilatado futuro que les esperaba. Persiguiendo sus pequeños viajes secretos al mundo de Azeroth a través de las sendarraíces. Contándose cientos de miles de historias sobre las personas que debían vivir allí, las vidas que debían llevar, las batallas que debían librar contra enemigos gloriosos, las canciones que debían cantar y los amores que debían hacer latir sus corazones tan rápido como los de cualquier haranir.

La inquietud se desvaneció rápidamente. Al menos, eso creía Orweyna. La suya lo hizo. La canción de la ventana a ese nuevo mundo la atrajo tanto que eclipsó cualquier otro pensamiento. Incluso el pequeño Hannan había comenzado a olvidar que Amarakk y ella habían separado las manos.

El día de la ceremonia se acercaba con pasos sigilosos. El paso a la edad adulta de todo haranir. Aquel día se adentrarían en el Cubil de los Recuerdos y verían con sus propios ojos las pinturas vivientes, la memoria de su pueblo. No solo escucharían la canción de la diosa, sino que verían ante ellos, en colores brillantes, el destino que había guardado para cada uno de ellos en las cestas del tiempo antes de que echara a andar el mundo. Conocerían, por primera vez, a las personas en las que pronto se convertirían.



¡Ah, qué emoción se vivió entonces en la cabaña de Hagar! La diosa nunca mentía. Al menos, a los haranir, sus hijos predilectos. Si alguien soñaba con una vida como madre, los llantos de bebés sanos serían la canción del resto de su vida. Si alguien veía en las paredes del gran cubil largos días pintados con hojas verdes y licores rojos, significaba que les esperaba una vida de manchas de tintura y medicinas cuidando a los moribundos, o que el jardín del herbolario esperaba ansioso su cuidado. El padre de Amarakk decía que se había visto a sí mismo nadando en un mar de ramas y enredaderas, y que ninguna mano, por muy hábil que fuera, podía trenzar o dar formas a diademas, espaldares o sellos tan refinados como él. Hagar resopló y refunfuñó con que había soñado que nadaba en un mar de niños desagradecidos, con mocos en lugar de cerebro, y que sus hábiles manos habían creado a todos esos haranir.

La ceremonia era el momento único en el que la diosa miraba en lo más profundo de cada joven haranir y lo reconocía con alegría.

Hannan aún era demasiado joven, pero Ney'leia, Kai'shae y Orweyna apenas podían respirar de la emoción. No comieron nada durante tres días para honrar el dolor y la pérdida de Aln'hara. Se lavaron los pies en los arroyos para presentarse ante ella descalzos, como el día de su nacimiento.

La mañana de la ceremonia, Amarakk corrió hacia su amiga sobre la hierba cubierta de rocío. Alcanzó a Orweyna, un poco alejada de los demás, mientras se dirigían a la cabaña que Hagar había estado preparando durante semanas. Tímido y, de repente, casi guapo con su larga capa verde. De repente, después de todo este tiempo.

—¡Vamos a llegar tarde! —rio Orweyna.

La luz matutina de la Cuna salpicaba Harandar como pintura fresca.

—¿Ahora vas a hacer como que te importa? Porque traigo un regalo para *Orweyna*. Y *Orweyna* nunca llega a tiempo. ¿La has visto por aquí? Será mejor que nos vayamos, no querrás llegar *tarde*...

—Qué tonto eres. Pensé que podría *tratar* de ser puntual solo en esta ocasión tan especial. A ver qué tal me sienta. ¿Y mi regalo?

Amarakk sacó algo de los pliegues de su nueva capa, que aún olía al cuidado de su madre. Con un gesto veloz, se lo ató al cuello, le besó la mejilla, le susurró algo al oído y salió corriendo para no estar allí y sonrojarse cuando ella viera lo que era.



Un amuleto. Hecho de piedra oscura, con un diseño pintado de burdeos intenso. Una puerta y un mundo, mucho más bonito que el que ella le había hecho con sus torpes manos infantiles. Había trazado las ondulaciones y los remolinos sobre la dura superficie de la piedra con los tintes del taller de su padre. Orweyna lo acarició con los dedos. Mañana dejarían de ser niños. Mañana comenzarían sus vidas. El tímido susurro de Amarakk resonó en su oído.

«Allá donde vayamos, iremos juntos».

Recorrió las grandes losas de piedra que conducían al Cubil de los Recuerdos junto a sus amigos. Entraron en una caverna cuyas paredes estaban cubiertas de flores secas y guirnaldas de cítricos. Hannan se sentó con orgullo en un rincón y comenzó a tararear una melodía y a repetirla cada pocos minutos para centrar las mentes de los haranir más viejos, a fin de que no abandonaran el mundo terrenal. Un deber muy sagrado.

Cada haranir recorría la cueva de manera silenciosa, sin atreverse a pasar los dedos por las imágenes que allí brillaban. Escuchaban el tarareo continuo del canto de Hannan, la respiración profunda y uniforme de todos los que les importaban. Orweyna escuchó con atención la canción de la diosa en su corazón en busca de la melodía que podría ser la suya, pero solo encontró un leve murmullo. Finalmente, los ligeros ronquidos de Hagar, recostada contra la pared, se unieron al murmullo como un contrapunto melódico.

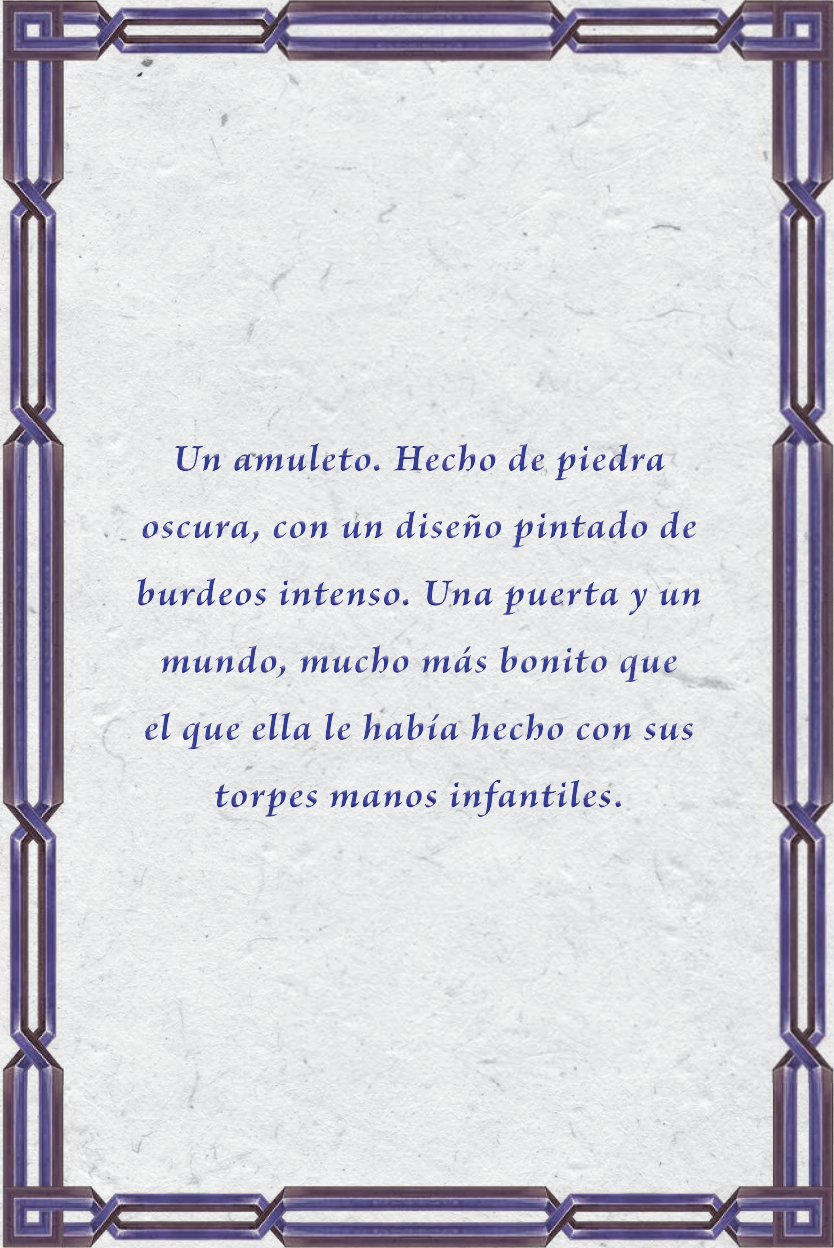
«¿Y si no estamos haciendo lo correcto? —pensó—. ¿Y si todo esto sale mal?».

La verdad se acomodó en su pecho. Amarakk miraba con atención, con el ceño arrugado y una inquisitiva mirada. Orweyna lo observó, sabiendo que nada podría volver a ser igual. *«A ti nada te saldrá mal, viejo amigo. Pero a mí, sí. A mí, sí. Como siempre, lo que es natural para todos los haranir está fuera de mi alcance. Debería haberlo sabido».*

No encontró su imagen en la pared. Simplemente vino a ella. No en los murales, sino en su mente. Y antes de darse cuenta, sus manos se habían sumergido en los tintes del zur'ashar Kassameh y estaba pintando su futuro con sus propios dedos.

Las largas raíces de Teldrassil —y quizá también de otros grandes árboles, si es que tal cosa era posible— se enroscaban a su alrededor; gruesas, brillantes y vivas, con zarcillos pálidos de color amarillo, verde y azul extendidos en espiral a partir de ellas.





*Un amuleto. Hecho de piedra
oscura, con un diseño pintado de
burdeos intenso. Una puerta y un
mundo, mucho más bonito que
el que ella le había hecho con sus
torpes manos infantiles.*

Serpientes de madera, savia y tiempos ancestrales. Como brazos grandes y fuertes; como los brazos de un padre que la levantarán todo lo posible. Como el largo cabello de una madre cayendo sobre la frente de su hijo. El aire crepitaba y chispeaba con un verde risueño, con un poder inocente que no se había utilizado hasta entonces.

Se pintó a sí misma elevándose entre las raíces que la acunaban. Arriba. Muy lejos. Increíblemente lejos..., a menos que la Orweyna de la pared tuviera la intención de atravesarla, como había hecho la Orweyna que la pintaba. A otro lugar. Otros colores. Otra luz. La canción que resonaba en su cabeza era sencilla, perfecta, verdadera y acertada. Pintó su corazón en la pared, suave y flexible como el musgo. El corazón yacía abierto. No brotaba sangre, ni había roto ningún hueso. Orweyna era el musgo. Orweyna era la tierra. Orweyna era la luz y el agua. Y de ella todo surgía, todo lo que alguna vez había respirado en Harandar. Todo, grande y diminuto, nacía de ella, ayudado solo por el placer. El cantar de las sapotatas, el crujir de las grandes raíces mientras crecían, la luz de la Cuna, las hojas que brotaban y caían, los hongos y las luciérnagas, el lamento de los moribundos, los gritos de la vida misma y la idea de ese ciclo, las frutas, las setas y las nubes de lluvia. Hagar. Sus padres, vivos y sanos. Amarakk.

En la pintura, en su canción y en su sueño lúcido, Orweyna les daba vida a todos, pero no perdía nada al hacerlo. Cuanto más tomaban, más tenía ella. Todo ello, mientras las raíces y las sendarraíces la elevaban y la alejaban.

Aún hay noches, en los lugares por los que Orweyna ha vagado, en las que extiende sus manos heladas, no hacia las llamas del fuego de un viajero, sino hacia el recuerdo de ese momento. Su descanso y su seguridad perfectos. Sus colores y su sonido. Ese recuerdo de que, por un momento, ella era sencilla y buena y nada podía tocarla excepto la luz.

Pero, entonces, todo desapareció. Desapareció.

Solo quedó la pintura.

Pero cuando Orweyna despertó de su trance y cobró conciencia del mundo más allá de su pintura, no encontró a nadie a su lado. Solo aire oscuro. La losa de Amarakk mostraba una imagen oscura y violenta, un mundo de muerte y dolor que Orweyna no soportaba mirar.

Amarakk ya no estaba.



CALOR

—¿Dónde está? —le gritó Orweyna a Hagar como una fiera—. ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada y lo sabes, niña —dijo la anciana con un profundo suspiro—. Si no quiere que lo encuentren, no lo harán, igual que a ti no te encontrarían si no quisieras. Y deja de maullar, tu voz hace que me duela la espalda.

Colgó una calabaza sobre la lámpara de flores y se frotó las cejas peludas con las yemas de los dedos.

—*Sí* que lo sabes —siseó la muchacha, bajando el volumen—. Han pasado semanas. Más. No me lo quieres decir. ¡Me lo estás ocultando!

—Por el llanto de Aln'hara, me *agotas*. Pues claro que lo sé. Y tú también lo sabrías, si pudieras dejar de estar furiosa el tiempo suficiente como para pararte a pensar. Pero nunca lo haces. Solo golpeas y agitas todo lo que te rodea con la esperanza de que algo caiga y se haga evidente. Amarakk tiene un camino propio que seguir, al igual que tú.

—¡Pues claro que lo tiene!

—Y se ha ido a comenzar su vida, como todos los demás. Dejándome con mis otras responsabilidades, cada una de las cuales es menos molesta que tú.

—¡Pero no lo ha hecho! He ido a todas y cada una de las cabañas. He ido incluso...

Orweyna se detuvo a tiempo. Había estado a punto de desvelar el matorral donde abriría su sendarraíz secreta; Y es que, cuando estaba a solas con Hagar, era muy fácil cometer un desliz. Pero sus escapadas secretas eran lo único que le quedaba de Amarakk.

—Nadie ha aceptado un nuevo aprendiz —concluyó rápidamente.

Hagar alzó la mirada hacia el techo.

—Agoté la paciencia que me quedaba en este mundo mucho antes de que nacieras, niña. No me queda ni pizca para tus tonterías. ¿Adónde ha ido entonces, pequeño brote? Si Amarakk no está en ninguna parte, ¿dónde está Amarakk?

El corazón de Orweyna se desmoronó por completo.



—No. *No*. Eso es imposible. Él nunca haría eso. Es obsceno. Repugnante.

La anciana Hagar se sirvió una taza, pero no le ofreció nada a Orweyna. Nunca le daba té cuando holgazaneaba durante las lecciones.

—Es un gran honor, niña. Eso es lo que es. El shul'ka Amarakk ha partido hacia la Falla para protegernos. Volverá cuando vuelva.

Un ataque de náuseas invadió a Orweyna. Amarakk se había mutilado para siempre y se había ido al único lugar al que ella jamás podría seguirlo.

—Orweyna —dijo Hagar con tono severo. El vapor del té le rodeaba los ojos como un extraño y nuevo cabello—. Me parece curioso que, con todo ese pánico y esa ira, aún no me hayas preguntado qué significa para *ti* tu pintura. Solo has venido aquí, como un terremoto, a lloriquear todo el día como una niña castigada. ¿Qué hay de *tu* vida? ¿Qué hay de *tu* lugar? Una amistad de la infancia no te dará alimento ni cobijo.

—No necesito preguntarlo —le respondió—. Ya sé lo que quiere de mí.

«Y no puedo decirte adónde quieren llevarme las raíces —pensó en silencio—. *Aunque si asciendes lo suficiente, solo existe un lugar al que pueden referirse*».

Hagar volvió la cabeza hacia un lado y miró fríamente a su nieta adoptiva, como si nunca la hubiera visto hasta ese momento.

—Fascinante —dijo mientras daba un largo sorbo y hacía una mueca al degustar el té para después tirar los posos—. Yo también pensaba eso mismo cuando era más joven.

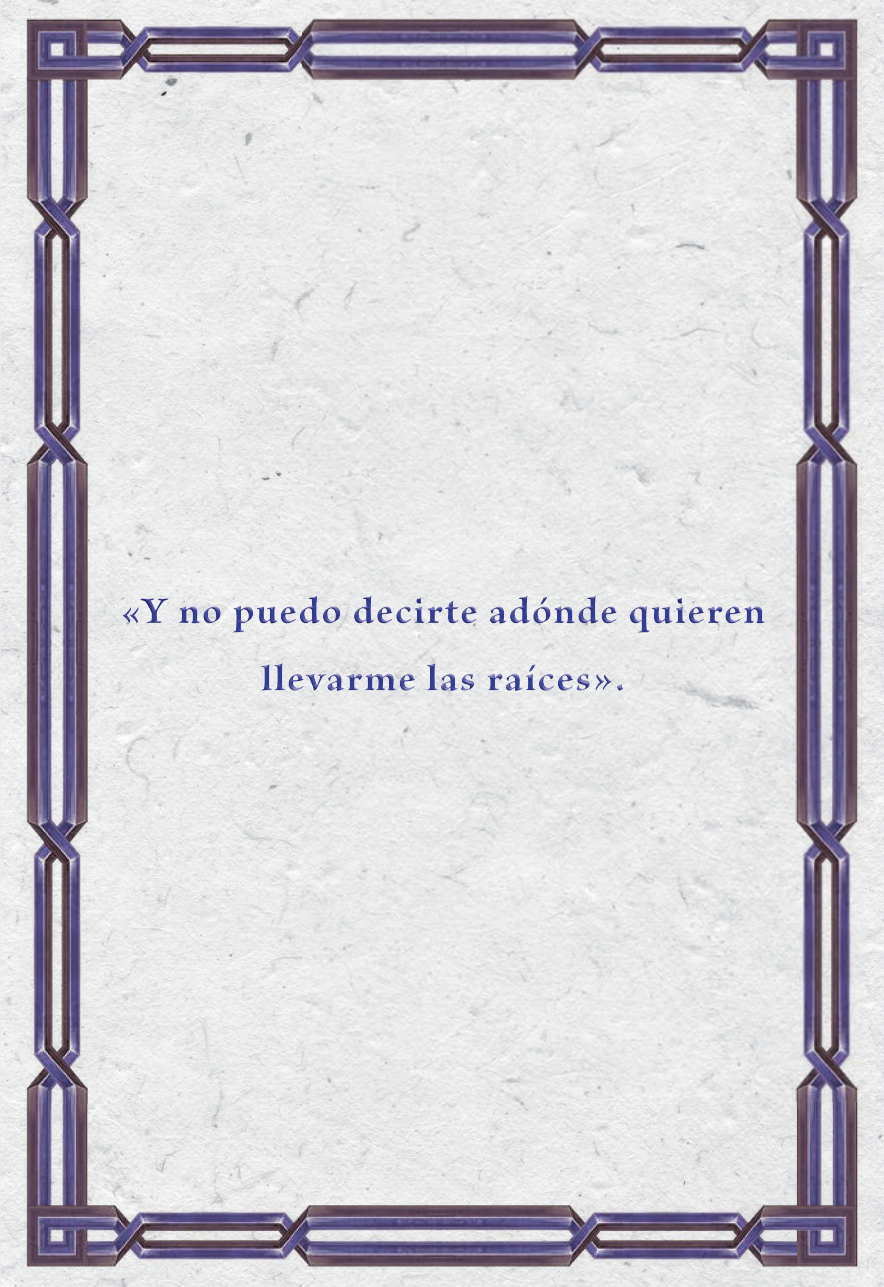
Orweyna supo entonces que debería habérselo preguntado. Debería haber pensado en ella, en sí misma. Pero apartó la silla y se dirigió hacia la puerta, furiosa. Siempre era así de grosera.

—Busca a un rutaani llamado Chaaga —suspiró la anciana, cansada—. Antes de que un sapo-pezu te desgarre la cara sin motivo alguno. Lo encontrarás en el Bancal Floreciente... y lo reconocerás por el olor. Dile a ese holgazán cascarrabias que le daré tres cuencos de gusanos *bien gordos* si no te mata.

Volvió a mirar a Orweyna.

—Mejor cuatro. Mira que eres *agotadora*.





«Y no puedo decirte adónde quieren
llevarme las raíces».





OSCURIDAD

El Bancal Floreciente se encontraba al borde del Valle de las Nieblas, un gran bosque de luminosas enredaderas de color fucsia, cobalto y esmeralda, con torres fúngicas cubiertas de líquenes. Desde allí, casi se podían ver los tonos azules y violetas de la luz de la Falla al sur.

El aroma de la alcoba de Chaaga casi tumba a Orweyna. Como vivían rodeados de plantas y esporas, los haranir no eran ajenos al perfume, pero esto era diferente. Tan complejo y con múltiples capas, tan delicioso y brillante, de alguna manera acre y delicado a la vez, y más dulce que cualquier recuerdo.

—¿Chaaga? —gritó Orweyna en medio de la colorida caverna.

Un gruñido resentido resonó en las paredes.

—¿Eres tú?

El gruñido pasó del resentimiento a la advertencia.

—¡Hagar te ha traído gusanos!

La pared trasera de la caverna, sumida en las sombras y llena de luciérnagas, se movió. Se movió *hacia* ella. La masa de flores y hojas abrió los ojos, y unos tallos enroscados y látigos llenos de espinas se abrieron como antenas desde la parte superior de su cabeza. El rutaani arañó el suelo con una mano cubierta de pétalos y canturreó.

«Oh —pensó—. Claro. Los gusanos refinan la tierra para que sea más nutritiva. Hagar le trae un festín».

Orweyna se lo explicó todo: cómo había amado a Amarakk, cómo él se había mutilado para partir a la Falla, cómo necesitaba encontrarlo y lo poco útil que les sería si cayera presa de la locura de la canción de la Falla. Y que el rutaani, al vivir tan cerca de esta, tal vez supiera una manera para que ella pudiera seguir a su amigo.

Chaaga arañó el suelo y empezó a canturrear.

—Gusanos por una vida. Si esta haranir busca la Falla, esta haranir busca la muerte. Este no se la dará.



La petición de Orweyna se transformó en lágrimas. —Tiene que haber una manera. Hagar te dará cuatro cuencos de gusanos, *y de los gordos*. Por favor, se... se lo prometí. Le prometí que iría adonde fuera él.

Chaaga volvió a cerrar los ojos.

—Planta tus raíces en el sitio al que pertenecen.

«Si pudieras dejar de estar furiosa el tiempo suficiente como para pararte a pensar.»

Orweyna ya no era una niña. Nadie vendría a quitarle el polvo y enseñarle a hacer las cosas. Aunque ella *sí* que podía pararse a pensar y razonar. La haranir se llevó la mano al corazón y dejó que la tristeza que sentía se reflejara en su rostro. Un pequeño tirón de la cuerda y todo se soltó.

Los ojos del rutaani parpadearon lentamente.

Hagar estaba equivocada. Orweyna *sí* que había preguntado qué significaban aquellas pinturas rupestres para ella. Cien veces, mil, un millón. Simplemente, no se lo había preguntado a *Hagar*. Durante esa eternidad sin Amarakk, se lo había preguntado a sí misma una y otra vez. Se lo había preguntado a Teldrassil. Y se lo había preguntado a la diosa. Pero su única respuesta era la que ya sabía, sincopada por la misma canción constante que había escuchado durante toda su vida.

Cerró los ojos y comenzó a cantarla. La canción de la diosa, tan mal como podía cantarla con su simple y sencilla boca. Por Chaaga. Por Amarakk. Por todos ellos. Por sus padres y Hagar y la pobre bestia a la que había dado muerte tanto tiempo atrás, demasiado destrozada para comprender siquiera lo que le estaba pasando. Su canción no tenía letra, pues la diosa no se comunicaba con palabras.

Pero cuando abrió los ojos, vio que el gigantesco rutaani le tendía la mano, lo bastante abajo para que ella la alcanzara. En su palma floreciente había dos semillas nacaradas.

—Cuánto dolor...

Chaaga se llevó la otra mano a la oreja. La dejó caer a su lado y la volvió a levantar.

—Plántalas donde bloqueen el sonido. No lo detienen. Lo ralentizan, lo frenan. Sí que había una manera.





AGUA

Orweyna no lo entendía.

Ni siquiera después de sentir los últimos estertores de una de esas pobres monstruosidades en sus manos. Ni siquiera después de que la anciana Hagar se lo hubiera explicado cientos de veces de la manera más clara posible. Ni después de todas las historias contadas a la luz de las flores, ni después de las pinturas del Cubil de los Recuerdos. Había escuchado, como con tantas otras cosas. Pero seguía pensando en la Falla de AIn como un lugar amplio y solitario, una extensión desolada de sombra y penumbra. De vez en cuando, acaso una vez al año, quizá menos, una bestia trágica e inefable lograba cruzar miserablemente la tierra maldita antes de ser abatida por los valientes Shul'ka.

No lo entendía.

La Falla estaba *llena*.

Orweyna ya oía los gritos antes de acercarse al borde del gran abismo prohibido. Gritos imposibles. Ningún ser vivo podía emitir esos sonidos. Eran heridas que se podían oír.

Sin perder un instante, se introdujo las semillas de Chaaga en los oídos. Esos gritos, incluso en la distancia, le desgarraban la propia identidad, hambrientos de la *idea* de Orweyna, del sentimiento que tiene todo ser pensante sobre quién es y quién ha sido. Las semillas le provocaron un pequeño escalofrío, como el agua que se desliza por la oreja cuando sales del río después de nadar y pescar durante todo el día. Luego, un pinchazo agudo y penetrante y, después, la bendición del silencio.

Orweyna no sabía qué esperar. Suponía que se creía inteligente. Suponía que estaba orgullosa de haberlo razonado todo tan bien y de haber conseguido convencer a un seto gigantesco para que la ayudara. Suponía que pensaba que sería posible convertirse en una shul'ka sin pagar su precio y luego volver tan alegremente a su vida sin preocupaciones, tan buena y real como la suya.

«Si esta haranir busca la Falla, esta haranir busca la muerte».



Orweyna sintió que le salían unos largos pétalos extraños con puntas rizadas de las orejas. Sintió que sus estambres y pistilos perforaban el aire y crecían en cientos de colores sin nombres para protegerla de los sonidos tapándole los oídos. Para proteger su *yo* más profundo. Pero seguía oyendo la dulce y antigua canción de la diosa en su interior. Simplemente no podía oír nada *más*.

Y, por un momento, pensó de verdad que eso funcionaría tan bien como el método de los Shul'ka. Como si hubieran hecho un pacto con los rutaani y cultivado miles de semillas para los oídos de ser sencillas las cosas.

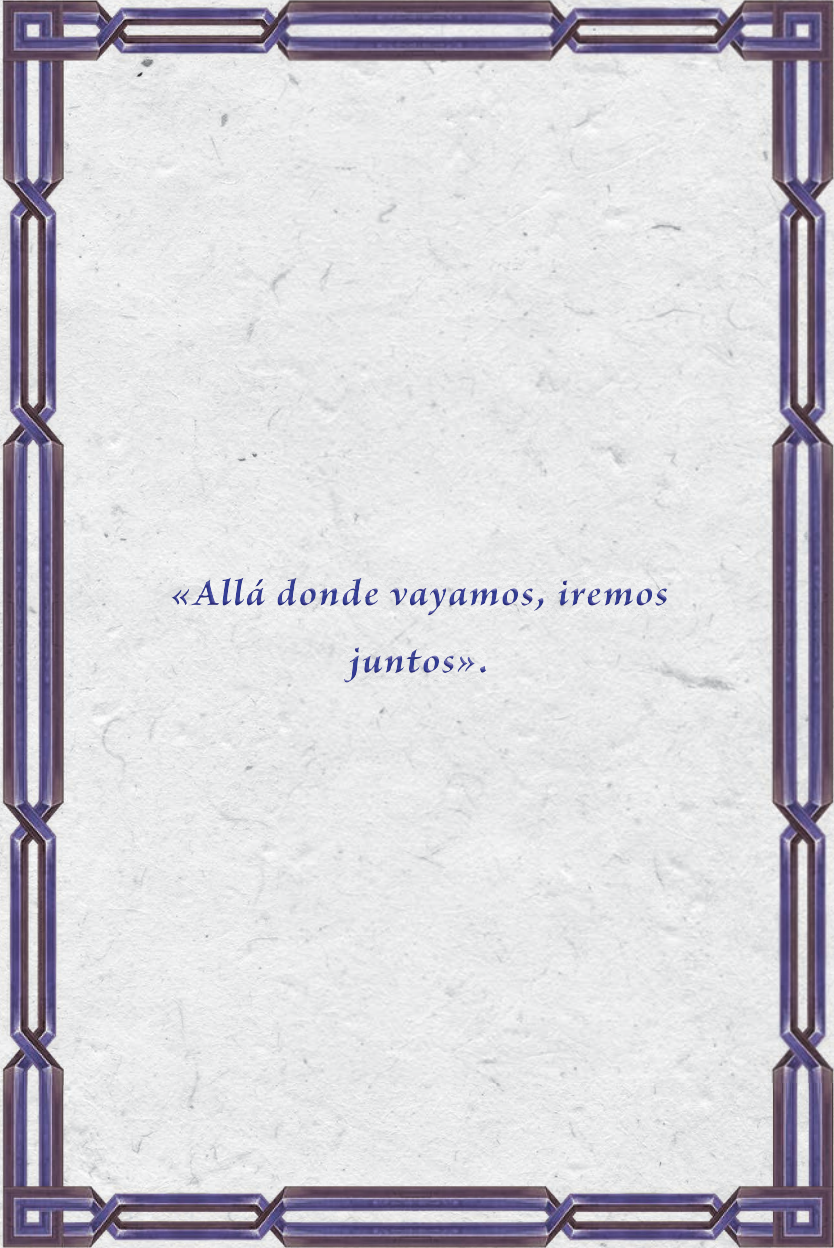
El primer golpe de una pata erizada de colmillos espinosos, tan certera como un cuchillo que atravesara la piel, le reveló su estupidez con un color cegador. Ni siquiera había oído sus pasos. No había oído sus gritos, ni el estruendo de su rostro brillante mientras las docenas de mandíbulas translúcidas de aquellos seres se agitaban juntas, rasgando la delicada piel de su propia garganta. No había oído su respiración mientras la acechaban en las aguas poco profundas de la Falla, ni las piedras que se partían bajo sus pies imposibles. No supo que el despreciado por Aln estaba ahí hasta que se abalanzó sobre ella, mordiéndola, arañándola, vomitando icor y otras cosas peores sobre su rostro, tratando de ahogarla en sus restos.

Orweyna sintió cómo le desgarraba el hombro con los dientes. Gritó, pero tampoco pudo oír nada, solo el lento, triste y entrecortado llanto de la canción de la diosa mientras el dolor la invadía; la volvería loca en cuestión de segundos si la bestia no la mataba primero. La criatura era mucho más grande que la que habían matado en la niebla. Mucho más grande que la que había acechado en sus pesadillas durante años. Su enorme peso la inmovilizaba contra el suelo, y su aliento sobre su cuello le quemaba la piel. Por suerte para ella, no podía oír sus propios gritos por encima de la retorcida canción de la diosa.

Y entonces el peso y el hedor desaparecieron. Orweyna se recompuso tan rápido como pudo y cogió sus armas, jadeando, agotada. Lo único que veía era la carne luminosa que se movía en la oscuridad. Lo único que oía era la retorcida e incesante canción de la diosa.

«Allá donde vayamos, iremos juntos».





*«Allá donde vayamos, iremos
juntos».*

Amarakk estaba sobre el improbable lomo de la bestia. Orweyna apenas lo reconoció: demacrado y fuerte a la vez, sombrío, más viejo. Su boca se había abierta de par en par; también él estaba gritando. Pero ella no podía oírlo. No podía saber si aullaba su nombre o si gritaba con rabia muda a la bestia. No pudo oír cómo, finalmente, cortaba su espada la garganta de la pesadilla y salpicaba la espesura con sus restos.

Lo único que podía oír era esa retorcida canción. Pasó un momento insoportable, y luego otro.

Lo último que vio fueron los ojos de Amarakk antes de que el dolor la consumiera.



VERDE

Cuando despertó, Orweyna pudo oír la canción de la diosa con más fuerza que nunca. Podía sentir que vibraba en su pecho, como si intentara expulsar el dolor que la inundaba.

Entonces se dio cuenta de que no estaba sola.

Los dos niños estaban de pie, aunque ya no eran niños. Jamás volverían a serlo. Respiraban con dificultad. Se miraban fijamente. Las flores de sus oídos se marchitaron y cayeron. Pudo volver a oír el murmullo de las criaturas que les acechaban desde lo más profundo del Valle de las Nieblas. Él la había llevado a su propio campamento: un sencillo refugio al que podía acudir en caso de necesidad. Orweyna pensó con amargura en cómo se habría reído el antiguo Amarakk al ver las flores que brotaban de su cabeza. Cómo le habría prestado cualquier tienda que tuviera antes de usarla él mismo.

Pero este Amarakk nunca volvería a reír.

Sus miradas se entrelazaron durante un rato que pareció eterno.

—¿Cómo suena? —preguntó Amarakk en voz baja—. No puedo recordarla. Debes decírmelo. Me debes ese consuelo.

Orweyna cerró los ojos para contener las lágrimas.

—No puede ser. Seguro que aún puedes oírla, aunque sea un susurro. Sé que puedes. Siempre has sido muy fuerte. Debes intentarlo.



—¿Crees que no lo he hecho?

—¡Inténtalo!

—No hay *nada* que intentar. Cuando acudo al rincón de mi memoria donde debería estar, solo encuentro vacío. Viento. Ramas muertas en la oscuridad.

Orweyna no estaba dispuesta a echarse a llorar. No volvería a comportarse como una cría. Si él no podía, lo intentaría ella.

—La canción de la diosa suena como los colores de las estrellas. Como la primavera que llega de golpe. Como el tarareo de tu madre mientras teje una cesta y la llena de fruta, y la fruta también crece. Suena como llorar y reír y crecer, y suena como la sensación de tu mano sobre la mía. Así suena. ¿Ya tienes tu consuelo?

—No, Orweyna. No, y nunca lo tendré.

—Ven conmigo, entonces. Vayámonos juntos, como siempre. No importa lo que te hayas hecho. Podemos atravesar la maleza y partir al otro mundo. Construir una nueva vida allí.

Amarakk negó con la cabeza. Orweyna apenas alcanzaba a ver su cara.

—Ya es demasiado tarde para eso. Sé demasiado.

—No sabes nada. Solo sospechas. Ni siquiera te quedaste para preguntarme por mi destino. Un gesto del todo descortés, si quieres saber lo que pienso.

—Sé lo que soy, Orweyna. Lo que debo ser. Creo que siempre lo he sabido, desde aquel día en la niebla. Mis pasos no podían llevarme a ningún otro lugar. Creo que pasé tanto tiempo contigo porque siempre supe que tendría un final.

—Y ahora ni siquiera me lo preguntas. Solo piensas en ti mismo. Voy a *ascender*, Amarakk. Arriba. Las raíces quieren llevarme a allí. La diosa quiere que ascienda. Sabes lo que eso significa. Sabes dónde terminará ese ascenso. Azeroth, Amarakk. ¡*Azeroth!* ¡Ven conmigo! ¡Hay espacio más que suficiente para nosotros allí arriba!

—Pero ¿y si no es lo correcto, Orweyna?

—No seas idiota, sir Miedica. La ceremonia nunca se equivoca. La canción suena y nosotros bailamos. Así ha sido siempre.

Orweyna hizo una mueca al darse cuenta de lo que estaba diciendo realmente. Pero no lo aceptaría, aunque saliera de sus labios.

—Me traicionaste —dijo entre dientes—. Te odiaría si pudiera, Amarakk.





—Inténtalo —le respondió él con tristeza.

Casi una sonrisa, casi familiar.

—¡Me mentiste! ¡Me mentiste! —le contestó, llena de furia y desesperación—. ¡Éramos una sola cosa, y nos hiciste mil añicos antes de que pudiéramos siquiera empezar a vivir! ¿Que siempre lo supiste? Yo estaba ahí, Amarakk, y no, *¡no siempre lo supiste!*

—Nunca te he mentido, Orweyna. Nunca miento. No puedo hacerlo. Excepto quizá a mí mismo.

—Allá donde vayamos, ¿iremos juntos?

Amarakk, por un momento, tal vez por última vez, tuvo la decencia de parecer contrariado.

—Olvidate de los despreciados por Aln —Orweyna se limpió la nariz con el dorso de la mano y sollozó abiertamente por última vez—. *Yo* te desprecio. Yo. Te has mutilado. ¿No extrañas la canción? ¿Ni a nuestra diosa?

Los colmillos de Amarakk relampaguearon con furia en la niebla.

—Si vuelves a preguntarme eso, me alejaré de ti para no volver nunca. Jamás te he preguntado si echas de menos a tus padres, Orweyna. No tienes derecho a preguntarme eso.

—¿No me echas de menos? *¿A mí?* —le susurró.

Amarakk respondió con un largo silencio.

—Hay cosas más importantes que las promesas.

—¡Más mentiras! ¿Qué podría ser más importante que nosotros? ¿Más importante que nuestras vidas aquí, creciendo, madurando, envejeciendo en unidad con nuestro pueblo como ha hecho el resto?

—¿*Ahora* quieres hacer lo que el resto? *¿Tú*, Orweyna?

Orweyna entrelazó sus dedos como una niña pequeña, destrozada de nuevo.

—Eras lo único que tenía. Toda nuestra vida hemos oído la misma canción que resonaba en nuestro interior, y ahora nunca lo haremos. Nuestra parte de la melodía no volverá a sonar en la gran canción. Y tú no me lo dijiste. Simplemente, te fuiste. Ni siquiera me cantaste un adiós.



—Hay cosas más importantes que las despedidas.

—Pues dime. Dime, Amarakk. ¿Qué es más importante que tu juramento y tu honor?

Amarakk aulló a la niebla infinita. Un aullido de agonía que nació en sus huesos y recorrió su garganta.

—*Tú*. ¡Tú, Orweyna! Y mi madre y mi padre y Hagar y Hannan y todos y cada uno de los haranir. Para mantenerte a salvo, no hay juramento que no quebrantaría, y el honor no alimenta a nadie; y mucho menos a los muertos. Vi cómo sucedía. El sueño fue bastante claro. Os vi a todos muertos y destrozados; vi Harandar desangrarse. Y yo podía impedir que pasara. ¡Solo tenía que renunciar a todo!

En medio del silencio resonante, la respuesta de Orweyna fue rápida.

—No puedo perdonarte, Amarakk.

—Y yo no puedo perdonarte *a ti*, Orweyna. Me alegro de que te espere una aventura bajo el sol. Una gran misión encomendada por la diosa. Veo cómo recorre tus venas la luz. Pero mi lugar está entre las sombras.

—¿Por qué tendrías que perdonarme? Yo no me he mutilado sin decir palabra. Yo no he roto ningún juramento.

Pero sus palabras carecían de fuerza. Ya había perdido, y lo sabía.

Amarakk intentó cogerla de la mano, pero Orweyna la apartó bruscamente, a lo que Amarakk respondió con tristeza.

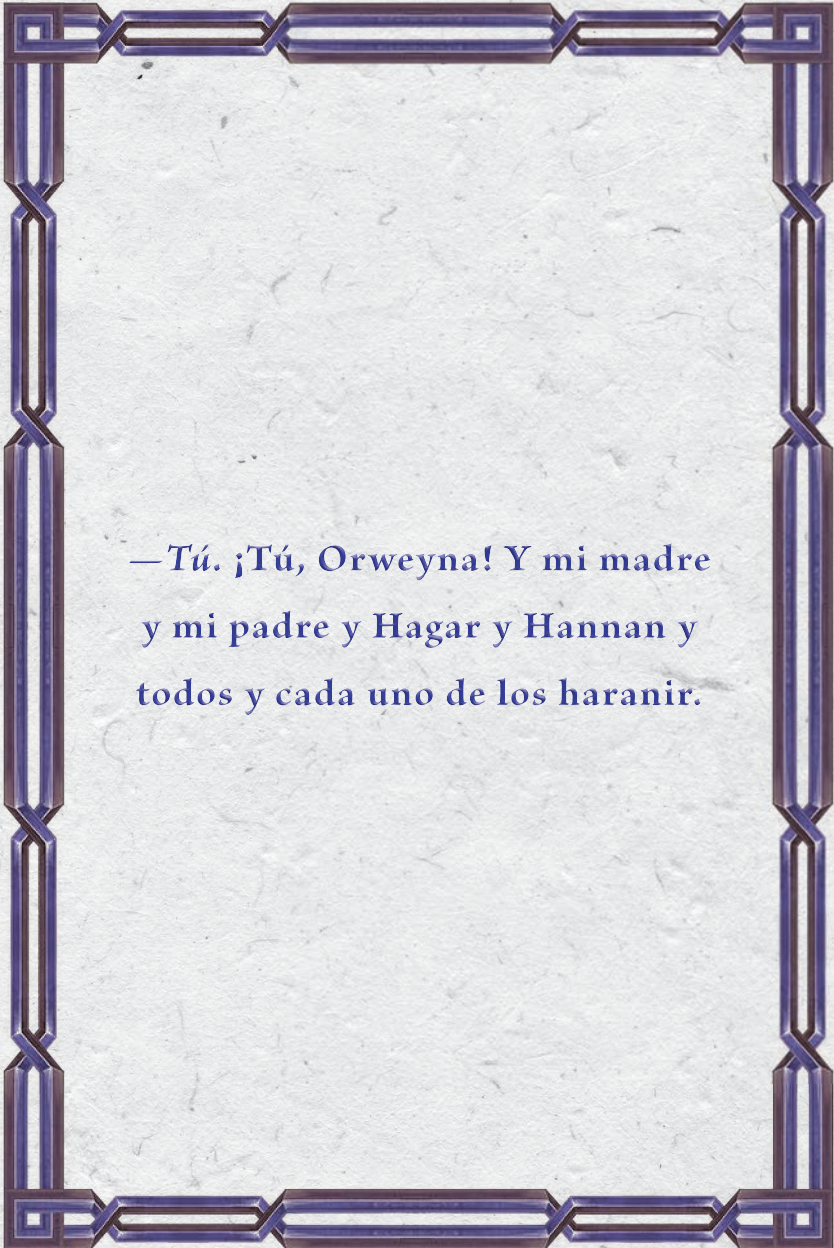
—No podías dejarme ir, vieja amiga. En tu arrogancia, antepusiste tu juicio al de la diosa. No creíste que pudiera sobrevivir sin ti. Porque me salvaste una vez y pensaste que no podría ser yo mismo sin tu ayuda. Ese día, en este lugar, en la niebla, esa fue *tu* victoria; pero yo también perdí algo. Y nunca pudiste ver mi vergüenza. Solo tu triunfo. Nada más te importó.

—Dije que jamás volvería a abandonarte. *No hay nada* más importante que una promesa. Yo no rompí la mía. También tuve visiones; también pinté mi pared. Quería contártelo, pero te habías ido.

—¿Qué viste?

—Me movía dentro de ella. Me movía *como si fuera* ella. *Era* ella. Aln'hara, privada de su inocencia. Robada a sí misma. Y si yo desperté de esa visión,





—Tú. ¡Tú, Orweyna! Y mi madre
y mi padre y Hagar y Hannan y
todos y cada uno de los haranir.

Amarakk, si la pesadilla terminó para mí, tal vez pueda también terminar para ella. Tal vez exista una manera. Tal vez pueda salvarla. Tal vez la manera esté allí arriba. En Azeroth. Donde brilla el sol. Si no, ¿por qué me enviaría la diosa un sueño de su propio dolor?

—Espero que encuentres la manera, Orweyna. De verdad. Que su canción te siga dondequiera que vayas.

—Pero tú no lo harás.

—Yo no lo haré.

Orweyna podía oír en la canción de la diosa la agonía y el dolor de su amigo, el conflicto que latía en su interior, la forma en que su visión lo poseía, sin dejar de asfixiarla a menos que aceptara seguirla. Se compadecía y lo lamentaba por él. Con el tiempo, acabaría perdonándolo aunque jamás lo dijera.

Pero Amarakk no podía oír su dolor en la canción de la diosa. Ya no. No podía oír el corazón de Orweyna, su sueño, sus razones, su ira, su culpa, su soledad, su desesperación. Su pérdida.

Simplemente se quedaron ahí, entre los restos de su infancia, solos y separados en sus propias mentes, enfurecidos mutuamente en el silencio, acusándose y defendiéndose. Eran una cesta con un solo asa; una cesta desgastada y a punto de romperse.

Sin embargo, seguían entendiéndose. Siempre lo habían hecho.

—Mi sir Miedica... —susurró Orweyna—. No me abandones.

Pero lo hizo. Y ella se quedó sola.



FLOR

Orweyna se volvió fuerte y resistente. Tuvo mucho tiempo para pensar mientras crecía. Pasó tanto tiempo que hasta el pequeño Hannan acabó convirtiéndose en un adulto. Lo mismo hicieron los viejos amigos de Orweyna y Amarakk. Quizás cinco fueran suficiente. O quizá no. Seis sería mejor. Pero a veces un recipiente se rompe de tal manera que resulta imposible repararlo. Orweyna aún no había decidido si compartiría



con los demás que su viaje era para salvar a Amarakk o a la propia diosa. No sabía con certeza qué versión creerían. Y ella misma no estaba segura de qué deseaba más.

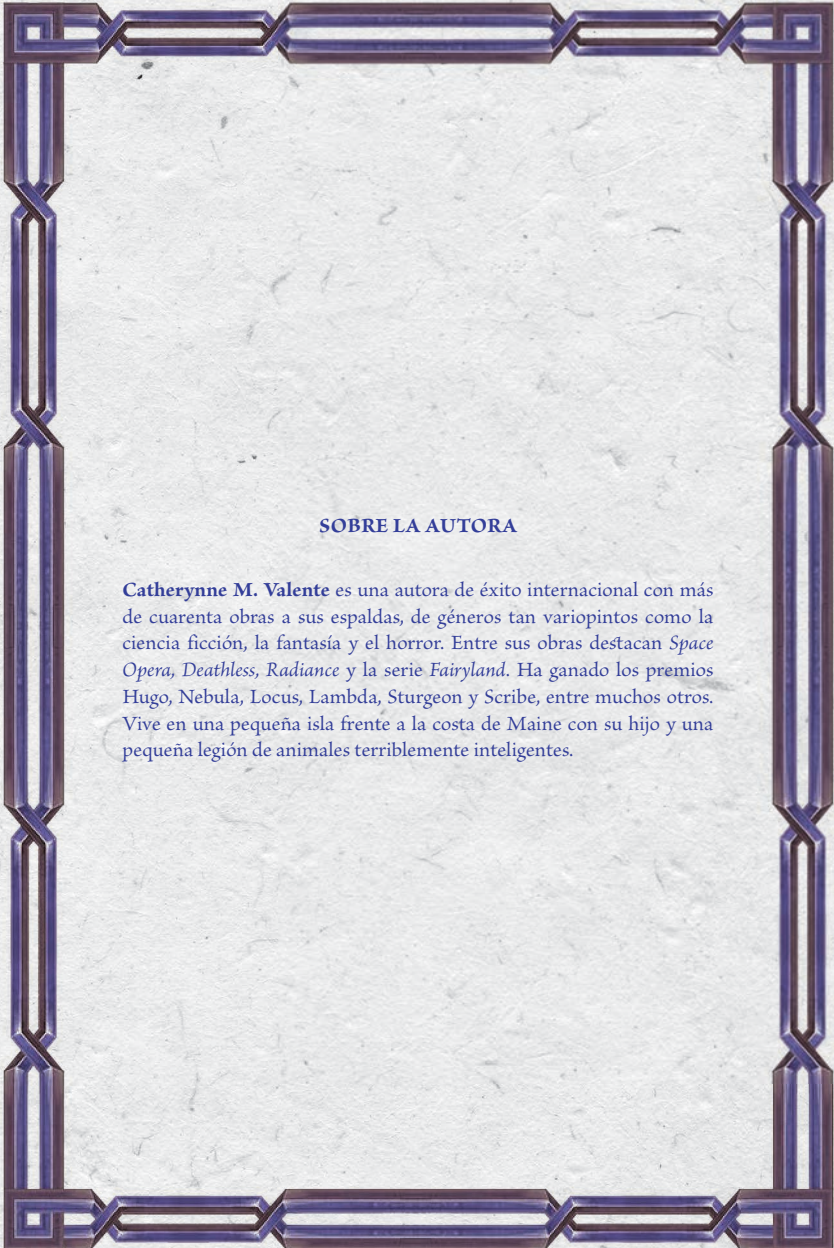
Pero mientras se preparaba para el resto de su vida (*«arriba, siempre arriba; elevándose con las raíces»*), mientras guardaba sus pertenencias, sus memorias, todo lo que tenía que era joven y nuevo, se aferró a una cosa por encima de todo, una cosa preciosa de Harandar que la mantendría caliente durante las frías noches en la superficie, incluso por encima de la visión que la diosa le enviaba cuando dormía y cuando despertaba.

Mientras Amarakk se apartaba de ella, pudo ver el brillo de su viejo amuleto bajo su capa. Esa vieja piedra con un dibujo infantil grabado.

El amuleto de Amarakk, más detallado que el de Orweyna, también colgaba bajo su capa el día que abandonó su mundo. Junto a su corazón. Junto al de Amarakk.

Entre ellos y lo que quiera que les deparase el destino.





SOBRE LA AUTORA

Catherynne M. Valente es una autora de éxito internacional con más de cuarenta obras a sus espaldas, de géneros tan variopintos como la ciencia ficción, la fantasía y el horror. Entre sus obras destacan *Space Opera*, *Deathless*, *Radiance* y la serie *Fairyland*. Ha ganado los premios Hugo, Nebula, Locus, Lambda, Sturgeon y Scribe, entre muchos otros. Vive en una pequeña isla frente a la costa de Maine con su hijo y una pequeña legión de animales terriblemente inteligentes.

HISTORIA

CATHERYNNNE M. VALENTE

ILUSTRACIONES

SURFSIDE 3D

EDITORIAL

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT, CHEUNG TAI

ASESORÍA DE TRASFONDO

SEAN COPELAND

CONSULTORÍA CREATIVA

RAPHAEL AHAD, CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS,
KOREY REGAN

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, ANASTASIIA NALYVAIKO,
TAKAYUKI SHIMBO, JT TORREA

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

VALERIE STONE

TRADUCCIÓN

FRANCISCO DELMIRO (REVISIÓN DE MANUEL MATA
ÁLVAREZ-SANTULLANO)



Blizzard.com

© 2026 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.



SEMILLA

La anciana Hagar solía decir que el perdón era una semilla: uno la plantaba, y otro la cosechaba. No es un acto único, sino un proceso. Y, como todo proceso natural, lleva su tiempo. Requiere cuidados. No se puede forzar ni apresurar. Debes darle lo que necesita. Luz, agua, sustento... Espacio. Humildad. Restauración. Sin embargo, plantar una semilla en la tierra no obliga a nadie a ocuparse de tu maleza si no lo desea.

Los alumnos de Hagar pensaban que se refería a que uno de ellos había robado el juguete de otro, o que había delatado a alguien que se había escaqueado durante la meditación silenciosa, o tal vez que alguien se había servido una ración de más de setas calientes. Y así era. Pero cuando la anciana hablaba, siempre se refería a muchas cosas a la vez.

Orweyna lo entendía ahora. La lección detrás de la lección. Al fin comprendía que, por muchas semillas que plantara, la persona más querida para ella preferiría quemar hasta la última hoja de arrepentimiento antes que cosechar un solo fruto.

Sin embargo, por más veces que repasara lo sucedido, por más que ordenara sus pensamientos, *nunca llegaba* a ver en qué se había equivocado.

Los días buenos, cuando la luz era más intensa, al igual que Orweyna, se decía a sí misma que había sido un trato justo. Al fin y al cabo, Amarakk seguía vivo. Estaba mejor vivo y odiándola que muerto y sin nada a lo que amar.

Al menos, los días buenos.



Cuando Orweyna era una pequeña y desaliñada semilla, había cinco cosas en toda la protegida y espléndida extensión resplandeciente de Harandar que le encantaban.

La voz de Hagar, que la trataba como alumna y nieta.

El sabor del agua fresca tras una larga caminata.

Las raíces cubiertas de hongos de Teldrassil, el árbol de su pueblo, tan elevadas que envolvían la tierra como el abrazo de una madre.

El olor de las bayas de las vides justo antes de recolectarlas.

Y la sensación de estar junto a Amarakk, su hermano, amigo y aliado en todos sus planes. Que eran tantos...

Nada más le importaba a Orweyna. Todo lo demás *era un obstáculo*. Grandes rocas de desaprobación rodaban entre la aventura y ella, entre la satisfacción y ella. Ya había conocido a todos los habitantes que existían en el mundo, o eso creía, y a todos ellos les encantaba prohibirle lo que podía hacer, tener, ver o probar. Esta situación la enfurecía tanto que juró por las raíces de Teldrassil que jamás amaría a nadie que no la amara *más* que ella. Era tan joven que creía de verdad que ese juramento era la garantía perfecta contra el dolor propiciado por cualquier haranir, rutaani, fungárico o árbol.

Y así continuaba sus días, anhelando la posibilidad de hacer, tener, ver y probarlo todo, por si acaso existía una sexta cosa que amar ahí fuera, escondida.

Excepto la vida de un shul'ka; Orweyna podía vivir feliz sin probarla. Los Shul'ka acarreaban un pesado honor. Eran poderosos guerreros; reservados y distantes... Mas su poder y su honor no eran cosas a las que aspirar. Vivían cerca de la Falla de Aln, alejados de su pueblo; y desde el exilio trabajaban silenciosamente por el bien de todos

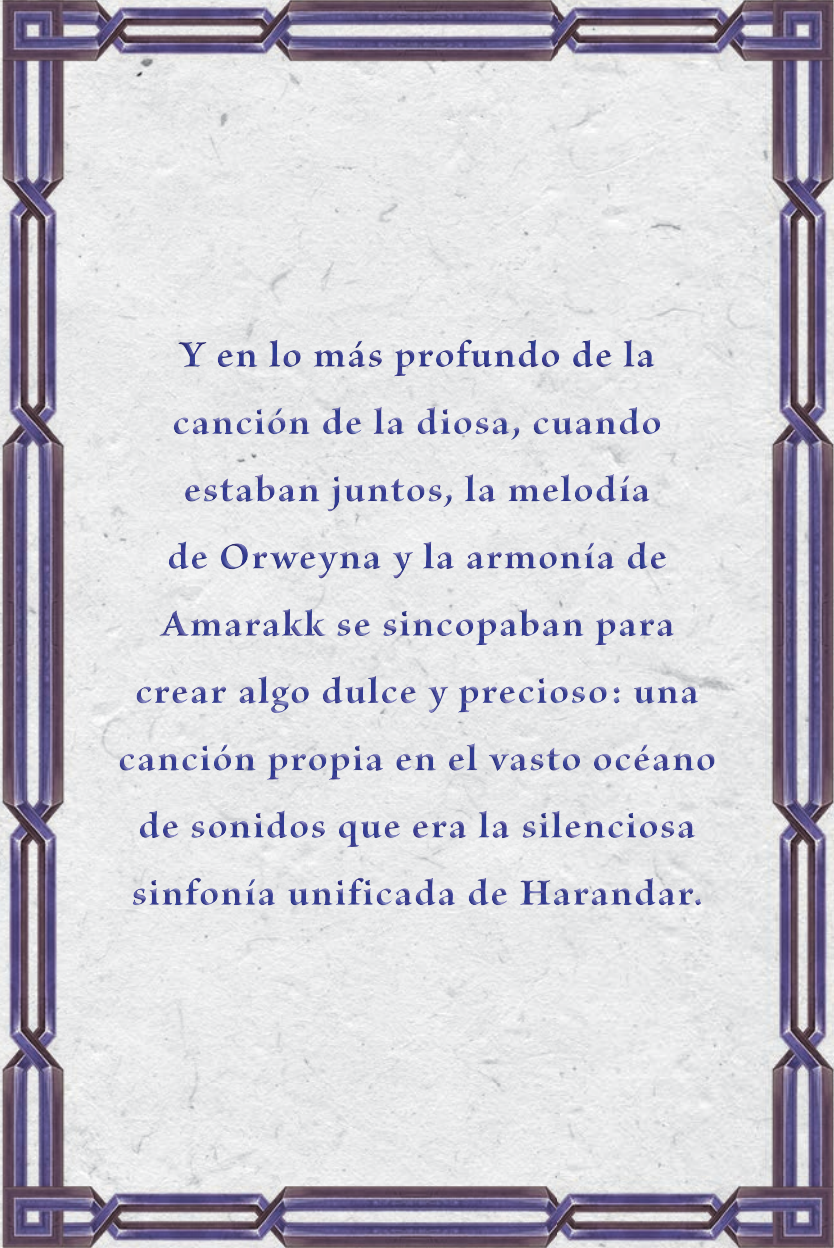
los haranir. Habían abandonado la canción de la diosa para poder entrar en la falla sin perderse en el canto fragmentado y mutado que resonaba en esos riscos y valles malditos. Para poder recordar sus nombres mientras contenían a las abominaciones. Para poder proteger Harandar de las pesadillas de los despreciados por Aln, que surgían de la falla antes de que los monstruos pudieran asolar a su pueblo. Para poder llevar la eterna batalla al hogar de las criaturas sin volverse locos por las melodías destrozadas y demenciales que allí sonaban.

No era algo que pudiera decir en voz alta, pero Orweyna siempre había pensado que los Shul'ka no eran muy distintos de las pesadillas que brotaban de la falla. Versiones retorcidas de los haranir que habían cortado su vínculo con la diosa, y por voluntad propia. Habían provocado no solo el desprecio de la Falla de Aln, sino de la propia Aln'hara, su diosa. Había sido un sacrificio, pero también una herejía.

Sí, había algunas cosas que Orweyna no ansiaba probar.

La canción de la diosa no estaba entre sus cinco cosas favoritas. No era algo que pudiera amar o no, del mismo modo que no puedes amar o no amar el corazón que late en tu propio cuerpo. La canción era la vida, la identidad de cada uno. Sin ella, no eras más que un montón de carne. Sin ella, desaparecías.

Amarakk tampoco contaba: al igual que la canción de la diosa, él siempre la acompañaba. En la siempre floreciente e iluminada Harandar, Amarakk y Orweyna eran inseparables..., pese a los incontables intentos de muchos. Eran dos asas de la misma cesta trenzada, aunque a menudo estuviera en llamas. Indómitos, desobedientes, ingenuos... Salvajes. No importaba cuántos haranir vivieran, rieran, festejaran y trabajaran mientras ellos hacían sus travesuras; el pequeño mundo del serpenteante laberinto de las raíces de Teldrassil era su reino personal. Los dos se escaqueaban de las tareas domésticas escondiéndose entre setas tan altas como árboles centenarios; se abrían paso por campos de micelios y brillantes esporas violetas, tan pequeña e incontables como los minutos de la infancia, que siempre parecen infinitos hasta que, de repente, dejan de serlo. Y en lo más profundo de la canción de la diosa, cuando estaban juntos, la melodía de Orweyna y la armonía de Amarakk se sincopaban para crear algo dulce y precioso: una canción propia en el vasto océano de sonidos que era la silenciosa sinfonía unificada de Harandar.



Y en lo más profundo de la
canción de la diosa, cuando
estaban juntos, la melodía
de Orweyna y la armonía de
Amarakk se sincopaban para
crear algo dulce y precioso: una
canción propia en el vasto océano
de sonidos que era la silenciosa
sinfonía unificada de Harandar.

Y es que nunca se puede separar una canción de sí misma.

Todos esos adultos amargados y gruñones solo veían que aquella huérfana salvaje y el hijo de tan buena familia eran... *diferentes*. Entre los haranir, lo *diferente* no era habitual. Había poco espacio en la imaginación de los ancianos cascarrabias o los severos celadores de raíces para comprender que lo que diferenciaba a esas dos pequeñas criaturas iba mucho más allá del afán de escaquearse de sus tareas. Que la canción de amor divino, que recorría las mentes de cada haranir como un suave contrapunto al ritmo de sus vidas, se elevaba y cantaba en el interior de Amarakk y Orweyna como un coro de mil voces. Y así, sus objeciones resultaban extrañas y febriles, ya que ninguno podía expresar lo que sentía con exactitud.

«¿Por qué no podéis jugar, trabajar y estar contentos como los demás niños?».

«¿Por qué no podéis ser más obedientes?».

«¿Por qué no podéis hacer nada el uno sin la otra?».

—Esto acabará con una desgracia —suspiró el anciano Ruia bajo la luz caleidoscópica mientras observaba a los jóvenes haranir que se reunían en los jardines a la espera de recibir su instrucción.

Pero *ni reunirse ni esperar* figuraban entre los talentos de Amarakk y Orweyna.

—Nuestras costumbres son así por una razón. Desviarse del camino es abrir la puerta al dolor.

—Espera y verás —asintió la anciana Hagar mientras se rascaba una verruga a medio curar detrás de la oreja—. Las invitaciones no siempre llegan a tiempo. A veces nunca llegan.

El anciano Ruia gruñó con rudeza.

—El tiempo me dará la razón. Las malas hierbas rara vez crecen hasta convertirse en flores. Solo se hacen más altas.

La anciana Hagar informó de esta conversación a los pequeños galopines pasado el rato, pues no creía que se debiera hablar a espaldas de los demás.

«Todas las conversaciones sobre nosotros nos pertenecen, tarde o temprano. Más pronto si estamos presentes para escucharlas; y más tarde, y con pronta necesidad de reparación, si solo las tenemos una vez que han pasado por muchas manos. ¿Por qué no ahorramos tiempos y hablar solo una vez, con tanta honestidad y claridad como la suciedad en vuestras narices?».

Amarakk replicó que se convertiría en una flor casi al mismo tiempo que Orweyna comenzaba a sonreír con aire burlón mientras declaraba que se convertiría en la mala hierba más poderosa que hubiera visto Harandar... y que el tiempo le daría la razón.

—Además —dijo Amarakk—. ¿Qué hacen los adultos que sea tan importante?

—Trabajar. Morir —murmuró Orweyna con voz sombría antes de abandonar furiosa la habitación de Hagar.

Eso era todo que sabía con certeza que podían hacer los adultos, porque era lo único que recordaba que hubieran hecho sus padres. No habían caído en una noble batalla ni protegiendo a su pueblo. Simplemente murieron en medio de un grito ahogado. Un repentino desmoronamiento de las raíces que no tuvieron tiempo de ver ni oír antes de que los enterrara profundamente.

Amarakk frunció el ceño y salió en pos de su amiga gritando que el mundo no giraba a su alrededor. Hagar negó con la cabeza. Siempre iba detrás de ella, y seguramente sería así para toda la vida. Cuando Amarakk logró alcanzarla, Orweyna se dio la vuelta entre carcajadas, olvidando por completo la oscuridad. Empezó a golpearle en el brazo hasta que él admitió que *todo* giraba a su alrededor y que era un cabeza hueca con unas orejas estúpidas.

Así son los niños. Así es la infancia.

Pero Amarakk y Orweyna nunca discutían, o al menos, Amarakk nunca ganaba. Hacían cuanto podían por trabajar lo menos posible. Y ninguno de los dos tenía la menor intención de morir.

Rara vez prestaban atención a los otros niños y jamás a los adultos. Y menos aún a sus reglas. La pareja recorrió codo con codo el largo sueño de la infancia. Aunque él era unos años mayor, no importaba, y Orweyna, muy generosamente, no le reprochaba a su querido amigo su avanzada y decrepita edad.

Tal vez fuera inevitable. Después de todo, si cualquiera de los dos hubiera mostrado alguna capacidad de comportarse y hacer lo que se les decía con tanta amabilidad y tan a menudo, jamás se habrían conocido. A la anciana Hagar nunca le habían gustado demasiado los niños tranquilos y obedientes. Ella nunca lo fue. Había decidido cuidar de los brotes a los que nadie más podía convencer para que echaran raíces.

Por eso resultaba problemático que destacaran como alborotadores entre los pupilos de Hagar.

Hagar nunca dejó de intentarlo, pero no había muchas esperanzas de que aquellos dos se comportaran. No mientras respiraran el mismo aire, contestaran a las mismas preguntas antes de que nadie más tuviera la oportunidad de hacerlo, comieran los mismos tubérculos y el mismo néctar cada día, y deambularan en el mismo páramo infinito entre ser *lo bastante adultos como para discutir* y *lo bastante adultos como para ganar*.

Pero lo peor de todo era lo *listos* que eran, mucho más que el resto. Lo que aún no sabían se lo revelaba el crescendo de la diosa que retumbaba en sus corazones. Ese era el primer problema. El otro era que lo *sabían*. Y aunque estaban más unidos que dos hojas de un mismo tallo, Amarakk no podía dejar de esforzarse por impresionar a Orweyna, mientras que esta era incapaz de no tratar de superar a su compinche. Ese era el tercer problema. Y el cuarto.

Pero ¿y el quinto? Ni siquiera el guerrero más fuerte, con la espada más poderosa y un escudo tan brillante como la Cuna misma, podría enfrentarse a él en combate y salir victorioso.

Porque cuando dos niños comparten un secreto, no hay lugar para que los adultos introduzcan sus serias, seguras y sensatas ideas. Y el secreto de Amarakk y Orweyna era enorme. Y delicioso. *Demasiado* enorme y delicioso para dos manos. Tanto que necesitarías cuatro..., *por lo menos*.

—Amarakk —le susurró Orweyna mientras Hagar le decía al pequeño Hannan, con sus mejillas regordetas, que si seguía discutiendo con ella le arrancaría la lengua para utilizarla de anzuelo—, si lo piensas bien, *perdemos el tiempo* escuchando las lecciones de Hagar mientras hay *todo un mundo* ahí arriba.

—¡Shh! —respondió Amarakk—. ¿Quieres que nos arranque la lengua?

Orweyna lo vio en sus ojos: estaba calculando la probabilidad de que la anciana Hagar pudiera cumplir su amenaza de la lengua y el anzuelo. Al fin y al cabo, era *muy* alta, fuerte y misteriosa. Amarakk siempre pensaba las cosas un poquito más que ella. Era un poco más ansioso... y un poco menos seguro.

Pero Orweyna sabía que no debía creerse las bravuconadas de Hagar. Aunque muchos en la aldea veneraban a la anciana, Orweyna era quizás la única que conocía

su otra cara. Era como una abuela para ella, aunque fuese adoptiva. Tampoco es que importara, nunca trató a Orweyna de manera diferente al resto de sus protegidos. «*Así son nuestras costumbres Todos somos uno. Nadie es más importante que el resto*». Entonces pensó que, si la anciana Hagar tuviera el poder de separar mágicamente la lengua de un niño de su cabeza, ya se lo habría hecho a ella mucho antes, dos veces durante las vacaciones y una tercera si la lengua le hubiera parecido especialmente graciosa.

La única forma infalible de conseguir que Orweyna hiciera algo era que Amarakk insistiera en que jamás podría hacerlo. Y para que Amarakk diera un paso al frente, su joven amiga solo tenía que decirle en broma que lo que quería hacer era demasiado peligroso para alguien tan pequeño. Todo era un juego para ellos. Sobre todo, cuando uno sentía el deseo ardiente del otro, pero sabía que no podía dejar de lado el miedo que había en lo más profundo de su corazón e intentarlo por su cuenta.

Él lo sabía. Siempre lo había sabido. Después de todo, una parte del corazón de Orweyna aún creía que habían estado jugando.

—No me seas champiñón —le dijo con un siseo—. Nos escaparemos después de comer. Escóndete detrás de la raíz que parece la calavera de una serpiente. Trae todas las bayas que puedas. Ah, una cantimplora con agua fresca. ¡Y las tijeras de podar! Coge algunos rebozuelos si Ney'leia no se los *zampa* todos en un santiamén.

—¿Y tú qué piensas traer?

—Mi valor, sir Miedica —susurró la joven haranir mientras le guiñaba un ojo—, ya que te has dejado el tuyo en casa.

Unas sombras recorrieron los ojos de Amarakk.

—Ah, ¿sí? —dijo en voz baja.

Orweyna se sonrojó, avergonzada.

—Eso solo fue una vez —murmuró—. Vale, dos. Pero juré que nunca más te abandonaría. *Nunca*. Así que ya está.

Orweyna no seguiría siendo una niña. Todo el mundo crece. Dejaría de ser tan frágil y descuidada, fuera una mala hierba o una flor. Experimentaría muchas alegrías, grandes y sutiles, extrañas y pequeñas. Y si la diosa le preguntara cuál de ellas volvería a elegir, incluso en su último aliento, no podría elegir otra cosa que la alegría iridiscente, ardiente y dentada de agarrar la mano de alguien a quien amas más allá de la lógica y

huir de tu destino para lanzarte a algo que sabes muy bien que nunca estuvo destinado para ti.

En realidad, no existía otro mundo.

Se refería a la superficie, el lugar que su pueblo abandonara milenios atrás, cuando siguieron el canto de su diosa hasta aquí. Y Orweyna había descubierto una magia que permitía llegar hasta ella.

Pero la superficie estaba prohibida, era un lugar al que ningún haranir podía ir, y mucho menos dos niños con las rodillas peladas. Unas enredaderas comenzaron a brotar del suelo mientras Orweyna conjuraba la magia entre las grandes raíces de Teldrassil, tan frondosas que parecían paredes entrelazadas de esmeralda, zafiro y oro. El conjuro invocó un portal en medio de la maraña que, al atravesarlo, hizo que el suelo se elevara y los alejara de su mundo *hacia otro lugar completamente nuevo*.

—¡Orweyna! ¿Lo oyes?

—¿El qué?

—¡Inténtalo!

—¡Lo intento, Amarakk, cabeza de alcorneque! ¿Qué se supone que debo oír?

—¡A ella! ¡Está cantando! ¡La diosa!

—Siempre la oigo. No me aburras.

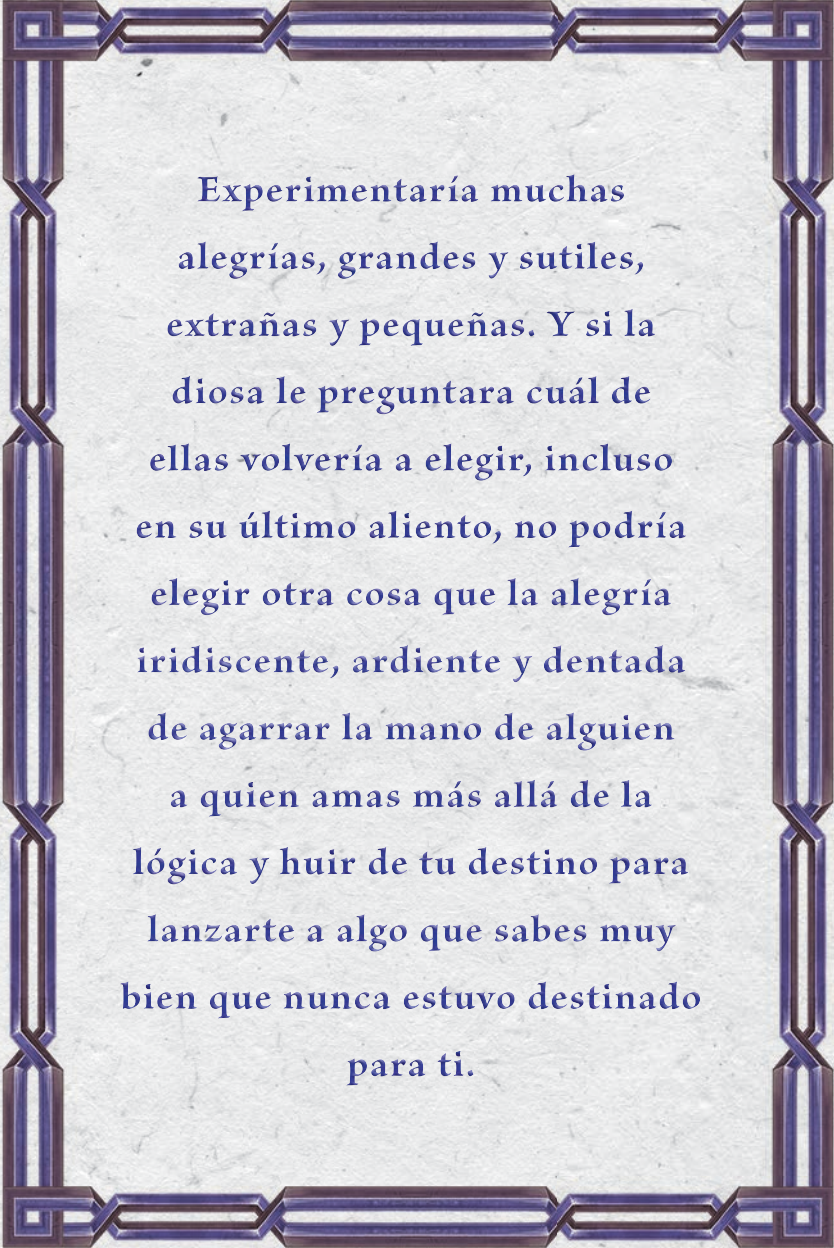
—¡Pero escucha cómo suena! ¡No la había oído tan fuerte en toda mi vida! Suena extraño, tan melancólico y complicado. Aln'hara siente algo sobre lo que hay más allá del portal. O sobre nosotros. O sobre ella misma, acompañándonos en esto.

Orweyna sacudió los hombros y estiró el cuello. Amarakk sonrió y arqueó la espalda, mientras estiraba los dedos de los pies en la oscuridad. Habían empezado a descubrir los límites de su poder. No podían hacer nada grande ni aterrador, ni tampoco algo salvaje, pero *¿y algo diminuto?*

Ah, pero *lo diminuto* es el reino del que cada niño nace siendo amo.

Amarakk cogió la mano de Orweyna y la apretó. Ella le devolvió el apretón. Entre los dos apretones, ambos niños desaparecieron.

Y se lanzaron al aire de ese otro mundo. Tras una rápida mirada se transformaron en murciélagos y alzaron el vuelo. Riendo, agitando las alas y las barrigas regordetas, chocando entre sí para demostrar su destreza, lanzándose y bailando hacia la luz.



Experimentaría muchas alegrías, grandes y sutiles, extrañas y pequeñas. Y si la diosa le preguntara cuál de ellas volvería a elegir, incluso en su último aliento, no podría elegir otra cosa que la alegría iridiscente, ardiente y dentada de agarrar la mano de alguien a quien amas más allá de la lógica y huir de tu destino para lanzarte a algo que sabes muy bien que nunca estuvo destinado para ti.

Luz. Era luz real. No la de la Cuna. No la encantadora penumbra de las vidrieras que los había envuelto suavemente durante cada momento de sus vidas. Luz de verdad. Y estaba por todas partes. Tan intensa y brillante que deslumbró sus pequeños ojos y los lanzó ciegamente hacia las nubes vertiginosas.

Nubes. Ni Amarakk ni Orweyna sabían que esa palabra significaba algo más que el vapor que sale de un guiso caliente o el humo de la pipa de un anciano. Pero, mientras, poco a poco, iban recobrando la vista, les pareció que era el término adecuado para describir las gigantescas y lentas masas blancas que se movían por ese cielo de un azul, brillo y belleza imposibles.

Cielo. Solo conocían esa palabra por las historias de la anciana Hagar y las pinturas de la cueva sagrada.

La canción de la diosa aún resonaba en su interior. Tarareando, latiendo, retumbando y suspirando en sus cabezas; cantando sobre la luz de la Cuna y los gritos de los animales y el silencio que creía debajo. Pero, ahora, la diosa cantaba sobre algo nuevo: era una canción cálida, fugaz, con los tonos amarillos y azules de este nuevo lugar. Era un nuevo ritmo. «Arriba, arriba —parecía decir—. *Solo arriba podréis encontrar la respuesta. Arriba, hijos míos. ARRIBA*».

Sí, un nuevo lugar les esperaba al otro lado de la sendarraíz. Un lugar que nada tenía que ver con Harandar. Un lugar donde la luz no emanaba del resplandor de las raíces entrelazadas, sino de una bola de fuego que ardía en el cielo, como dictaban las antiguas leyendas. Donde los colores extraños, sacados de canciones y poemas, te quemaban los ojos con tanta intensidad que veías imágenes residuales brillantes y borrosas durante horas. Donde los sonidos te hacían palpitar los oídos. Sonidos que, a veces, se llamaban truenos. Pezuñas de caballos. El canto de los pájaros.

Otras veces, el chirrido del metal contra el metal.

Y otras veces, gritos.

No pudieron quedarse por mucho tiempo. Todo era demasiado. Todo era gigantesco. Aquella extensión verde bajo el azul en la que desembocaba su pequeña sendarraíz secreta parecía ser un lugar en eterno conflicto. Enormes bestias corrían por las llanuras, con otras igualmente enormes sobre el lomo; bestias con ramas plateadas y blancas en las manos que brillaban bajo la luz y entrechocaban de manera horrible

cuando las bestias colisionaban, gritando palabras que los niños apenas entendían, pero que repetían una y otra vez:

«¡Azeroth! ¡Por Azeroth!».

Siguieron siendo murciélagos todo el tiempo que les fue posible, aterrorizados ante la idea de volver a sus formas originales. Exultantes por poder volar. Aterrorizados ante la idea de no poder volver jamás. Exultantes por haber escapado. Cuando ya no pudieron mantener la forma, se lanzaron en picado y atravesaron el portal para descender de nuevo hacia un lugar familiar y seguro.

Pero no tan seguro como imaginaban.



TIERRA

Tras Azeroth, ¿quién podría volver a las meditaciones y la tranquilidad de la hora del almuerzo? Amarakk y Orweyna no, desde luego. Con el tiempo, comenzaron a retarse a vivir más aventuras en la superficie, a visitar más lugares que no estaban destinados para ellos, hasta que ya no quedó nada nuevo o emocionante bajo la superficie... Salvo, quizá, un lugar.

El Valle de las Nieblas era un lugar bien conocido por ambos: una vasta extensión de tierra donde los haranir patrullaban y cazaban, asegurándose de que ningún despreciado por Aln que hubiera escapado de la Falla pudiera llegar más allá. Sus cazadores, feroces y resistentes, podían acampar en el valle para descansar, curarse las heridas, celebrar un trabajo terminado, brindar por los amigos perdidos o recordar lo que defendían y preservaban con su propia sangre y con una que apreciaban más aún que esta.

Pero para los niños haranir, tan salvajes y revoltosos, el valle era un lugar tan vasto, aterrador, emocionante, fascinante e infinitamente atractivo como una bulliciosa metrópolis. Un laberinto de luces florales y niebla lo bastante enmarañado como para perder el rumbo en él y solo recuperarlo gracias a su ingenio y rapidez. Un lugar en el que una joven haranir podía ponerse a prueba.

«Ven. Encuéntrame en la niebla».

Pero nada crecía al borde de la Falla. Primero recorrieron el Cubil al dirigir su atención hacia allí, escondiéndose, reptando, escabulléndose y escuchando entre los acantilados verdes y las sombras violetas, las negras y serpenteantes raíces y la entrada a la cueva que se abría abajo hacia la niebla plateada y dorada. Pero cuando te escondes, reptas y te escabulles, a veces, *a veces*, tu yo adulto te encuentra antes de haberte preparado para él.

Hay cosas en la Falla. Resulta imposible describir a los despreciados por Aln comparándolos con otros animales, personas o monstruos. Son algo más que engendros, que criaturas deformes... Son seres que nunca debieron existir. Pesadillas que salen reptando de la Falla de Aln.

Cuerpos imposibles. Inimaginables. Conglomerados de anatomías que nunca podrían funcionar juntas excepto para producir una agonía sin fin: pulmones conectados a estómagos, flores y frutos repletos de garras, dientes y miles de ojos malévolos. Huesos de mariposa que soportan los músculos de un minotauro, corazones que bombean viento, llamas y savia verde hacia venas secas y jadeantes. Cuerpos que se odian a sí mismos. Que inhalan en busca de aire para solo respirar dolor. Y todos ellos nacen con un hambre que no se sacia por mucho que devoren.

La mayoría muere a los días o semanas de nacer.

Los que sobreviven son peores.

Y algunos de ellos logran escapar.

Mientras jugaba en la niebla y desafiaba a Amarakk a que la encontrara, Orweyna acabó alejándose del Cubil antes de saber muy bien dónde estaba. La niebla oculta la distancia, la profundidad... El peligro.

Una voz surgió cortante de la niebla grisácea. Un rugido metálico y chirriante de furia. Impuro, herético, antinatural. Orweyna se detuvo en seco, agitando el polvo lleno de esporas. ¿Lo había captado con sus propios oídos? ¿O formaba parte de la disonancia aterrada de la canción de la diosa? Un chillido antinatural de notas que chocaban contra otras y que nunca deberían tocarse. El grito de una pequeña parte rota de su creación, que gritaba de terror y dolor.

—¡Amarakk! —grito, presa del pánico.

Nunca había estado sola, no del todo. Hagar, su aldea, su gente... Siempre estaban cerca. Ni siquiera una huérfana puede estar realmente sola entre los haranir. Y ahora ni siquiera podía ver las pequeñas motas de luz sobre el Cubil. Solo veía gris. Un gris que estaba lleno de chillidos.

Orweyna sentía el aliento en la nuca mientras corría, gritando el nombre de Amarakk, desesperada por escuchar una respuesta. Ya estaba agotada: de trepar, arrastrarse y arañar para volver a la bendita oscuridad, y todo ello sin apenas haber probado bocado desde que se despertó. En la espesa niebla chocó con una raíz que sobresalía de la piedra, fuerte, recta y dura... Pero no, no era una raíz, sino Amarakk, que la agarró con fuerza y se aferró a ella como si estuviera ahogándose. Por un instante pensaron que podrían simplemente huir de la niebla y lo que fuera que acechara en su interior, encontrar el camino de regreso, como siempre habían hecho, y volver a la realidad, lejos de la estúpida fantasía de Azeroth, fuera lo que fuera lo que significara esa palabra. Pero los despreciados por Aln no son de carne y hueso. No están sujetos a las leyes de la tierra, del impulso, la sangre y el aire que se mueve a través de la carne. Estaba muy cerca. Casi dentro de ellos, como su propia respiración.

Amarakk siguió tirando de ella, ciego como un murciélago frente a la luz. Pero Orweyna era más joven. Sus piernas, un poco más cortas. Sus pulmones, un poco más pequeños. Y su miedo, mucho mayor que su cansancio.

La criatura que los encontró en el valle no era tan grande. Más tarde lo reconocerían los dos. Incluso ellos habían oído historias de bestias mucho más gigantescas y hambrientas. Pero entonces solo eran dos niños. Veían a la criatura como la vería cualquier niño.

No era tan grande, pero sí más rápida que un sueño.

Su boca atrapó el talón de Amarakk con gran facilidad. Luego, su gemelo. Y en ese momento, con la otra mitad de la canción de la diosa en una boca de pura locura, con dientes como navajas, Orweyna no vio a un pobre animal salvaje apenas más grande que un puma. Tampoco vio a una bestia hambrienta que había olido carne por primera vez en toda su maldita existencia.

Vio a un gigante. Una masa de dientes afilados como agujas que se alargaban dentro de una rosa de carne, un cuerpo largo de piel luminosa, resbaladiza y aceitosa



que cubría ángulos de pesadilla; unas garras que se abrían paso desde una columna vertebral destrozada mientras la horrible criatura se aferraba a la espinilla de Amarakk, arañando torpemente hacia adelante como un niño que intentara caminar sobre sus párpados. Vio a la muerte que venía a por los suyos, dotada de vida. Una pesadilla hambrienta que iba a devorar a la única persona que le quedaba y a la que no podía perder.

La criatura gritó. Amarakk gritó. La canción en las cabezas de ambos niños lloró y se rompió.

Y Orweyna... se quedó *paralizada*. Una vergüenza que la perseguiría para siempre; imposible de olvidar. La valiente Orweyna se quedó paralizada. Y lo que era aún peor, Amarakk lo vio todo. La criatura había atrapado su pie en el amasijo retorcido que era su boca. Sus ojos se fijaron en los de ella y, en lo más profundo, hizo que germinara la decepción.

Amarakk dejó de gritar, y el encantador y travieso destello ámbar de sus ojos se apagó. Se desplomó sobre el suelo del matorral y empezó a llorar como el niño que realmente era, con sonoros sollozos entrecortados por el miedo y la desesperación. Dejó de llamar a su amiga. ¿Para qué? El valor de Orweyna había quedado al descubierto: no era más que una mentira y un alarde para escaquearse de sus lecciones. Orweyna se quedó inmóvil como una piedra mientras veía cómo se rendía la mejor persona del mundo. Casi pudo escuchar cómo decía la auténtica verdad:

«Si solo Orweyna te separa de la ruina, es que nada te separa de ella».

La bestia comenzó a alimentarse.

Cerró los ojos y gimió con algo que parecía placer mientras tragaba la sangre de Amarakk. Los gritos de Orweyna la devolvieron a sus propias pesadillas. Hasta que el repentino silencio rompió su silencio.

Saltó sobre el lomo cubierto de espinas de la bestia, cerró los ojos con fuerza y, soportando el dolor y el aluvión de colores que salían disparados en la oscuridad, clavó su daga mientras se aferraba desesperada a aquel cuerpo. La pesadilla respondió dando patadas, rechinando, escupiendo y arañando..., pero el espacio que hay entre los omóplatos es un buen lugar para atacar a la mayoría de las cosas. Orweyna le cubrió el cuerpo de cuchilladas. Sintió cómo moría entre sus rodillas, cómo se ralentizaba y

gemía la bestia. Sintió cómo se rendía y, cuando lo hizo, oyó cómo se filtraba la canción su agonía en la de la diosa, como tinta azul fría.

Amarakk y Orweyna se acurrucaron juntos en la niebla durante lo que parecieron horas, temblando sin decir palabra. Ella quería decirle lo mucho que lo sentía. Quería decirle lo feliz que estaba de que estuviera vivo. Él quería decirle que tenía miedo, por ser tan pequeño, y tan grande el peligro. Quería decirle que estaba orgulloso de ella, por ser tan valiente, y por ser ahora tan pequeño el peligro.

Pero nadie dijo nada. Solo se abrazaron en silencio. Vendaron sus heridas con ortigas y barro mientras susurraban palabras a cuyo aprendizaje tendrían que haber dedicado mucho más esfuerzo. Si hubieran sido más serios. Si hubieran sido mejores. Si hubieran sido más como el resto de su pueblo, eso que siempre les habían dicho.

Al llegar a casa, contaron una especie de verdad: que un despreciado por Aln se topó con ellos en la selva, que había mordido a Amarakk y que Orweyna lo había matado. Hagar los elogió, pero ninguno pudo sentir la calidez de sus palabras.

Y la conversación entre los jóvenes cambia rápidamente. A cualquier tema ajeno al dolor. A la bestia, sobre cómo había llegado tan lejos en el Valle de las Nieblas sin que nadie la viera. A los Shul'ka, cuya misión consistía en proteger a los haranir de tales criaturas, siempre escasos pero suficientes. A los centinelas que rodeaban el borde de la Falla, que tendrían que haberla capturado.

Amarakk y Orweyna se escabulleron mientras los demás discutían. No soportaban estar en boca de todos. Necesitaban dormir. Su cansancio y su vergüenza les impedían entender del todo lo que decían los ancianos.

Pero, aunque el cuerpo se lo imploraba, Orweyna no logró conciliar el sueño. Fue a la habitación de Amarakk. El corazón de este ni siquiera sabía cómo cerrarse ante ella. Se sentó a los pies de su cama. Acarició su tobillo vendado con suavidad, como una pequeña mascota que espera atención. Pero él no le prestó ninguna.

—Está bien —dijo Orweyna—. Sé una piedra. Yo seré agua. Seré paciente.

Dejó su pequeño regalo junto a la mano de su amigo, envuelto en una larga hoja azul y dorada.

—Te romperás cuando quieras romperte. Y yo siempre estaré a tu lado. Lo juro por la canción de la diosa y por mi propia alma verde.



Durante la meditación matutina, Orweyna pudo ver su disculpa entre los pliegues de la guerrera de Amarakk: un tosco amuleto tallado en la piedra negra que cubría la tierra que habían visto durante su primera aventura en la superficie. Para que siempre recordaran de dónde venían. Dónde había nacido su vínculo. Había tallado un diseño con la misma hoja que había utilizado para matar la bestia, y luego había manchado el surco con pigmentos que había robado a los zur'ashar y su propia sangre. Era algo sencillo: el portal que los había alejado de su hogar y transportado al reluciente mundo de Azeroth.

Aun así, en los días siguientes, apenas se dirigieron la palabra. Incluso los demás niños comenzaron a mostrar su inquietud ante su distanciamiento. El pequeño Hannan rompió a llorar e intentó juntarles las manos para que las entrelazaran bajo la mesa, como siempre habían hecho. Era muy pequeño, el más joven de todos. No dijo nada. Simplemente juntó las manos de Amarakk con las de Orweyna, como si fueran dos partes de una herramienta rota, y los miró fijamente, con sus enormes ojos rebosantes de lágrimas.

Amarakk y Orweyna *debían* estar más unidos que dos enredaderas. ¿Qué otra cosa era más certera en este mundo?

Podían soportar su propio dolor, pero no el de Hannan. Entrelazaron los dedos con una facilidad fruto de la costumbre y le dedicaron un par de sonrisas forzadas.

Su rostro se iluminó. Aunque no los de la pareja. Tal vez, con el tiempo, volverían a hacerlo.

Orweyna no sabía entonces que, durante aquellos días en los que no podían mirarse a los ojos, los pensamientos de Amarakk se volvían cada vez más pesados por la culpa.

Porque si ella se había quedado paralizada, él también.

Si ella sentía vergüenza, él no sentía menos.

Orweyna ni siquiera podía atisbar tales pensamientos. Su silencio tenía otras raíces. No habló durante días porque no podía olvidar el gemido agonizante de aquella bestia. Se repetía en su cabeza una y otra vez, como una melodía tocada en un arpa que jamás abandonaba su mente.

Sonaba como los gemidos de un recién nacido, desesperado por encontrar consuelo en la oscuridad.

Esta idea inquietaba a Orweyna, pues aquella criatura era lo primero que Orweyna había matado con sus propias manos.



Luz

Pasaron días.

Semanas. Luego meses. Y después, más días, noches y meses, todos ellos en compañía de niños salvajes que brotaban como setas alrededor de los pies de Hagar. Estudiando, divirtiéndose, escapando, espiando y regresando al amparo de la luz de las flores y los susurros. Creciendo como flores de la vid, cada noche más abiertos, extendiéndose y enviando zarcillos y brotes hacia el dilatado futuro que les esperaba. Persiguiendo sus pequeños viajes secretos al mundo de Azeroth a través de las sendarraíces. Contándose cientos de miles de historias sobre las personas que debían vivir allí, las vidas que debían llevar, las batallas que debían librar contra enemigos gloriosos, las canciones que debían cantar y los amores que debían hacer latir sus corazones tan rápido como los de cualquier haranir.

La inquietud se desvaneció rápidamente. Al menos, eso creía Orweyna. La suya lo hizo. La canción de la ventana a ese nuevo mundo la atrajo tanto que eclipsó cualquier otro pensamiento. Incluso el pequeño Hannan había comenzado a olvidar que Amarakk y ella habían separado las manos.

El día de la ceremonia se acercaba con pasos sigilosos. El paso a la edad adulta de todo haranir. Aquel día se adentrarían en el Cubil de los Recuerdos y verían con sus propios ojos las pinturas vivientes, la memoria de su pueblo. No solo escucharían la canción de la diosa, sino que verían ante ellos, en colores brillantes, el destino que había guardado para cada uno de ellos en las cestas del tiempo antes de que echara a andar el mundo. Conocerían, por primera vez, a las personas en las que pronto se convertirían.

¡Ah, qué emoción se vivió entonces en la cabaña de Hagar! La diosa nunca mentía. Al menos, a los haranir, sus hijos predilectos. Si alguien soñaba con una vida como madre, los llantos de bebés sanos serían la canción del resto de su vida. Si alguien veía en las paredes del gran cubil largos días pintados con hojas verdes y licores rojos, significaba que les esperaba una vida de manchas de tintura y medicinas cuidando a los moribundos, o que el jardín del herbolario esperaba ansioso su cuidado. El padre de Amarakk decía que se había visto a sí mismo nadando en un mar de ramas y enredaderas, y que ninguna mano, por muy hábil que fuera, podía trenzar o dar formas a diademas, espaldares o sellos tan refinados como él. Hagar resopló y refunfuñó con que había soñado que nadaba en un mar de niños desagradecidos, con mocos en lugar de cerebro, y que sus hábiles manos habían creado a todos esos haranir.

La ceremonia era el momento único en el que la diosa miraba en lo más profundo de cada joven haranir y lo reconocía con alegría.

Hannan aún era demasiado joven, pero Ney'leia, Kai'shae y Orweyna apenas podían respirar de la emoción. No comieron nada durante tres días para honrar el dolor y la pérdida de Aln'hara. Se lavaron los pies en los arroyos para presentarse ante ella descalzos, como el día de su nacimiento.

La mañana de la ceremonia, Amarakk corrió hacia su amiga sobre la hierba cubierta de rocío. Alcanzó a Orweyna, un poco alejada de los demás, mientras se dirigían a la cabaña que Hagar había estado preparando durante semanas. Tímido y, de repente, casi guapo con su larga capa verde. De repente, después de todo este tiempo.

—¡Vamos a llegar tarde! —rio Orweyna.

La luz matutina de la Cuna salpicaba Harandar como pintura fresca.

—¿Ahora vas a hacer como que te importa? Porque traigo un regalo para *Orweyna*. Y *Orweyna* nunca llega a tiempo. ¿La has visto por aquí? Será mejor que nos vayamos, no querrás llegar *tarde*...

—Qué tonto eres. Pensé que podría *tratar* de ser puntual solo en esta ocasión tan especial. A ver qué tal me sienta. ¿Y mi regalo?

Amarakk sacó algo de los pliegues de su nueva capa, que aún olía al cuidado de su madre. Con un gesto veloz, se lo ató al cuello, le besó la mejilla, le susurró algo al oído y salió corriendo para no estar allí y sonrojarse cuando ella viera lo que era.

Un amuleto. Hecho de piedra oscura, con un diseño pintado de burdeos intenso. Una puerta y un mundo, mucho más bonito que el que ella le había hecho con sus torpes manos infantiles. Había trazado las ondulaciones y los remolinos sobre la dura superficie de la piedra con los tintes del taller de su padre. Orweyna lo acarició con los dedos. Mañana dejarían de ser niños. Mañana comenzarían sus vidas. El tímido susurro de Amarakk resonó en su oído.

«Allá donde vayamos, iremos juntos».

Recorrió las grandes losas de piedra que conducían al Cubil de los Recuerdos junto a sus amigos. Entraron en una caverna cuyas paredes estaban cubiertas de flores secas y guirnaldas de cítricos. Hannan se sentó con orgullo en un rincón y comenzó a tararear una melodía y a repetirla cada pocos minutos para centrar las mentes de los haranir más viejos, a fin de que no abandonaran el mundo terrenal. Un deber muy sagrado.

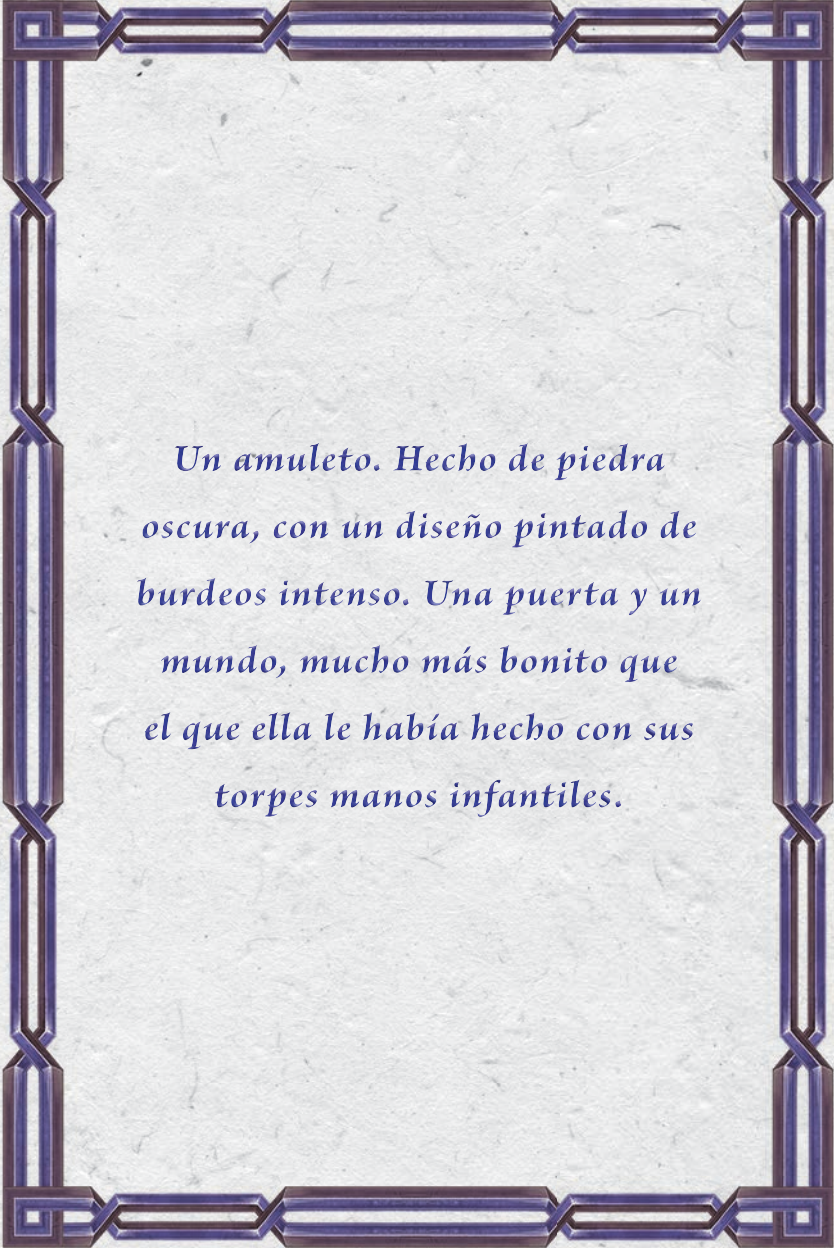
Cada haranir recorría la cueva de manera silenciosa, sin atreverse a pasar los dedos por las imágenes que allí brillaban. Escuchaban el tarareo continuo del canto de Hannan, la respiración profunda y uniforme de todos los que les importaban. Orweyna escuchó con atención la canción de la diosa en su corazón en busca de la melodía que podría ser la suya, pero solo encontró un leve murmullo. Finalmente, los ligeros ronquidos de Hagar, recostada contra la pared, se unieron al murmullo como un contrapunto melódico.

«¿Y si no estamos haciendo lo correcto? —pensó—. ¿Y si todo esto sale mal?».

La verdad se acomodó en su pecho. Amarakk miraba con atención, con el ceño arrugado y una inquisitiva mirada. Orweyna lo observó, sabiendo que nada podría volver a ser igual. *«A ti nada te saldrá mal, viejo amigo. Pero a mí, sí. A mí, sí. Como siempre, lo que es natural para todos los haranir está fuera de mi alcance. Debería haberlo sabido».*

No encontró su imagen en la pared. Simplemente vino a ella. No en los murales, sino en su mente. Y antes de darse cuenta, sus manos se habían sumergido en los tintes del zur'ashar Kassameh y estaba pintando su futuro con sus propios dedos.

Las largas raíces de Teldrassil —y quizá también de otros grandes árboles, si es que tal cosa era posible— se enroscaban a su alrededor; gruesas, brillantes y vivas, con zarcillos pálidos de color amarillo, verde y azul extendidos en espiral a partir de ellas.



*Un amuleto. Hecho de piedra
oscura, con un diseño pintado de
burdeos intenso. Una puerta y un
mundo, mucho más bonito que
el que ella le había hecho con sus
torpes manos infantiles.*

Serpientes de madera, savia y tiempos ancestrales. Como brazos grandes y fuertes; como los brazos de un padre que la levantarán todo lo posible. Como el largo cabello de una madre cayendo sobre la frente de su hijo. El aire crepitaba y chispeaba con un verde risueño, con un poder inocente que no se había utilizado hasta entonces.

Se pintó a sí misma elevándose entre las raíces que la acunaban. Arriba. Muy lejos. Increíblemente lejos..., a menos que la Orweyna de la pared tuviera la intención de atravesarla, como había hecho la Orweyna que la pintaba. A otro lugar. Otros colores. Otra luz. La canción que resonaba en su cabeza era sencilla, perfecta, verdadera y acertada. Pintó su corazón en la pared, suave y flexible como el musgo. El corazón yacía abierto. No brotaba sangre, ni había roto ningún hueso. Orweyna era el musgo. Orweyna era la tierra. Orweyna era la luz y el agua. Y de ella todo surgía, todo lo que alguna vez había respirado en Harandar. Todo, grande y diminuto, nacía de ella, ayudado solo por el placer. El cantar de las sapotatas, el crujir de las grandes raíces mientras crecían, la luz de la Cuna, las hojas que brotaban y caían, los hongos y las luciérnagas, el lamento de los moribundos, los gritos de la vida misma y la idea de ese ciclo, las frutas, las setas y las nubes de lluvia. Hagar. Sus padres, vivos y sanos. Amarakk.

En la pintura, en su canción y en su sueño lúcido, Orweyna les daba vida a todos, pero no perdía nada al hacerlo. Cuanto más tomaban, más tenía ella. Todo ello, mientras las raíces y las sendarraíces la elevaban y la alejaban.

Aún hay noches, en los lugares por los que Orweyna ha vagado, en las que extiende sus manos heladas, no hacia las llamas del fuego de un viajero, sino hacia el recuerdo de ese momento. Su descanso y su seguridad perfectos. Sus colores y su sonido. Ese recuerdo de que, por un momento, ella era sencilla y buena y nada podía tocarla excepto la luz.

Pero, entonces, todo desapareció. Desapareció.

Solo quedó la pintura.

Pero cuando Orweyna despertó de su trance y cobró conciencia del mundo más allá de su pintura, no encontró a nadie a su lado. Solo aire oscuro. La losa de Amarakk mostraba una imagen oscura y violenta, un mundo de muerte y dolor que Orweyna no soportaba mirar.

Amarakk ya no estaba.



CALOR

—¿Dónde está? —le gritó Orweyna a Hagar como una fiera—. ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada y lo sabes, niña —dijo la anciana con un profundo suspiro—. Si no quiere que lo encuentren, no lo harán, igual que a ti no te encontrarían si no quisieras. Y deja de maullar, tu voz hace que me duela la espalda.

Colgó una calabaza sobre la lámpara de flores y se frotó las cejas peludas con las yemas de los dedos.

—*Sí* que lo sabes —siseó la muchacha, bajando el volumen—. Han pasado semanas. Más. No me lo quieres decir. ¡Me lo estás ocultando!

—Por el llanto de Aln'hara, me *agotas*. Pues claro que lo sé. Y tú también lo sabrías, si pudieras dejar de estar furiosa el tiempo suficiente como para pararte a pensar. Pero nunca lo haces. Solo golpeas y agitas todo lo que te rodea con la esperanza de que algo caiga y se haga evidente. Amarakk tiene un camino propio que seguir, al igual que tú.

—¡Pues claro que lo tiene!

—Y se ha ido a comenzar su vida, como todos los demás. Dejándome con mis otras responsabilidades, cada una de las cuales es menos molesta que tú.

—¡Pero no lo ha hecho! He ido a todas y cada una de las cabañas. He ido incluso...

Orweyna se detuvo a tiempo. Había estado a punto de desvelar el matorral donde abriría su sendarraíz secreta; Y es que, cuando estaba a solas con Hagar, era muy fácil cometer un desliz. Pero sus escapadas secretas eran lo único que le quedaba de Amarakk.

—Nadie ha aceptado un nuevo aprendiz —concluyó rápidamente.

Hagar alzó la mirada hacia el techo.

—Agoté la paciencia que me quedaba en este mundo mucho antes de que nacieras, niña. No me queda ni pizca para tus tonterías. ¿Adónde ha ido entonces, pequeño brote? Si Amarakk no está en ninguna parte, ¿dónde está Amarakk?

El corazón de Orweyna se desmoronó por completo.

—No. *No*. Eso es imposible. Él nunca haría eso. Es obsceno. Repugnante.

La anciana Hagar se sirvió una taza, pero no le ofreció nada a Orweyna. Nunca le daba té cuando holgazaneaba durante las lecciones.

—Es un gran honor, niña. Eso es lo que es. El shul'ka Amarakk ha partido hacia la Falla para protegernos. Volverá cuando vuelva.

Un ataque de náuseas invadió a Orweyna. Amarakk se había mutilado para siempre y se había ido al único lugar al que ella jamás podría seguirlo.

—Orweyna —dijo Hagar con tono severo. El vapor del té le rodeaba los ojos como un extraño y nuevo cabello—. Me parece curioso que, con todo ese pánico y esa ira, aún no me hayas preguntado qué significa para *ti* tu pintura. Solo has venido aquí, como un terremoto, a lloriquear todo el día como una niña castigada. ¿Qué hay de *tu* vida? ¿Qué hay de *tu* lugar? Una amistad de la infancia no te dará alimento ni cobijo.

—No necesito preguntarlo —le respondió—. Ya sé lo que quiere de mí.

«Y no puedo decirte adónde quieren llevarme las raíces —pensó en silencio—. *Aunque si asciendes lo suficiente, solo existe un lugar al que pueden referirse*».

Hagar volvió la cabeza hacia un lado y miró fríamente a su nieta adoptiva, como si nunca la hubiera visto hasta ese momento.

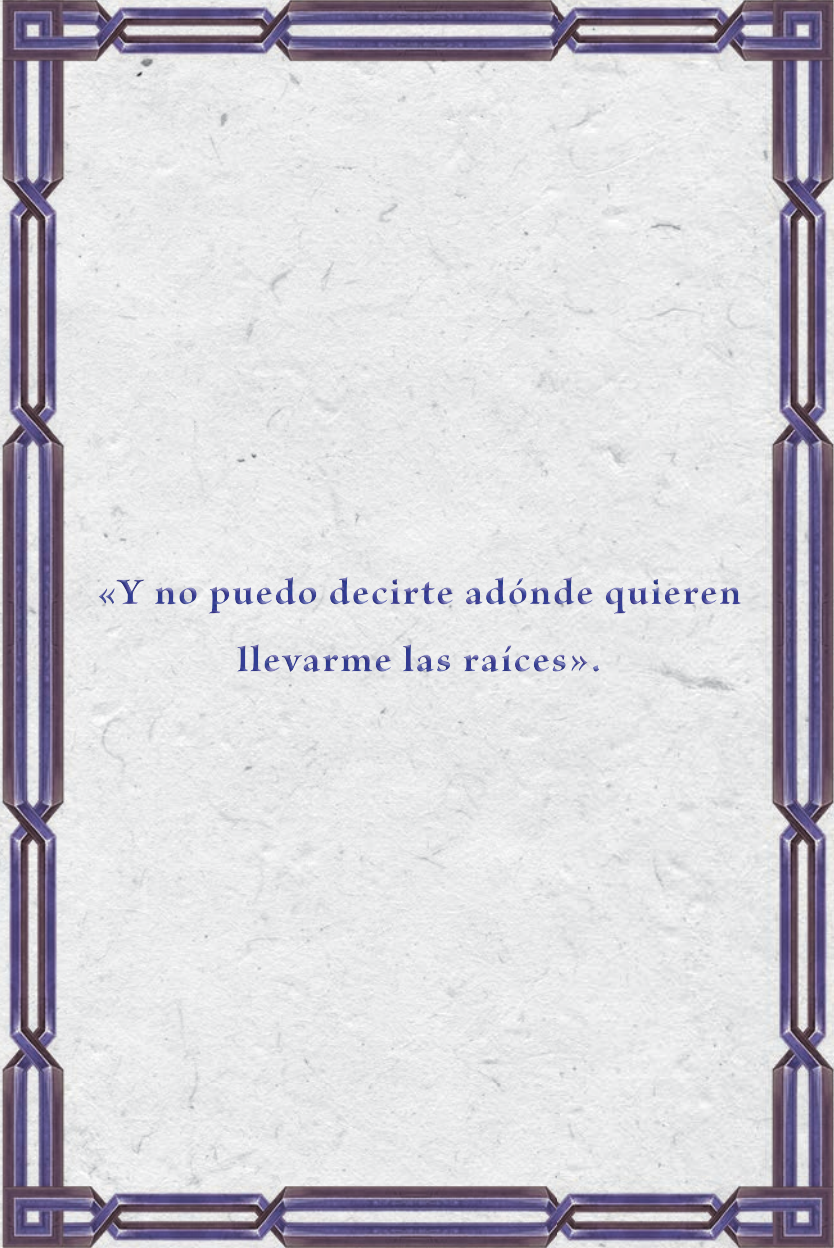
—Fascinante —dijo mientras daba un largo sorbo y hacía una mueca al degustar el té para después tirar los posos—. Yo también pensaba eso mismo cuando era más joven.

Orweyna supo entonces que debería habérselo preguntado. Debería haber pensado en ella, en sí misma. Pero apartó la silla y se dirigió hacia la puerta, furiosa. Siempre era así de grosera.

—Busca a un rutaani llamado Chaaga —suspiró la anciana, cansada—. Antes de que un sapo-pezu te desgarre la cara sin motivo alguno. Lo encontrarás en el Bancal Floreciente... y lo reconocerás por el olor. Dile a ese holgazán cascarrabias que le daré tres cuencos de gusanos *bien gordos* si no te mata.

Volvió a mirar a Orweyna.

—Mejor cuatro. Mira que eres *agotadora*.



«Y no puedo decirte adónde quieren
llevarme las raíces».



OSCURIDAD

El Bancal Floreciente se encontraba al borde del Valle de las Nieblas, un gran bosque de luminosas enredaderas de color fucsia, cobalto y esmeralda, con torres fúngicas cubiertas de líquenes. Desde allí, casi se podían ver los tonos azules y violetas de la luz de la Falla al sur.

El aroma de la alcoba de Chaaga casi tumba a Orweyna. Como vivían rodeados de plantas y esporas, los haranir no eran ajenos al perfume, pero esto era diferente. Tan complejo y con múltiples capas, tan delicioso y brillante, de alguna manera acre y delicado a la vez, y más dulce que cualquier recuerdo.

—¿Chaaga? —gritó Orweyna en medio de la colorida caverna.

Un gruñido resentido resonó en las paredes.

—¿Eres tú?

El gruñido pasó del resentimiento a la advertencia.

—¡Hagar te ha traído gusanos!

La pared trasera de la caverna, sumida en las sombras y llena de luciérnagas, se movió. Se movió *hacia* ella. La masa de flores y hojas abrió los ojos, y unos tallos enroscados y látigos llenos de espinas se abrieron como antenas desde la parte superior de su cabeza. El rutaani arañó el suelo con una mano cubierta de pétalos y canturreó.

«Oh —pensó—. Claro. Los gusanos refinan la tierra para que sea más nutritiva. Hagar le trae un festín».

Orweyna se lo explicó todo: cómo había amado a Amarakk, cómo él se había mutilado para partir a la Falla, cómo necesitaba encontrarlo y lo poco útil que les sería si cayera presa de la locura de la canción de la Falla. Y que el rutaani, al vivir tan cerca de esta, tal vez supiera una manera para que ella pudiera seguir a su amigo.

Chaaga arañó el suelo y empezó a canturrear.

—Gusanos por una vida. Si esta haranir busca la Falla, esta haranir busca la muerte. Este no se la dará.

La petición de Orweyna se transformó en lágrimas. —Tiene que haber una manera. Hagar te dará cuatro cuencos de gusanos, *y de los gordos*. Por favor, se... se lo prometí. Le prometí que iría adonde fuera él.

Chaaga volvió a cerrar los ojos.

—Planta tus raíces en el sitio al que pertenecen.

«Si pudieras dejar de estar furiosa el tiempo suficiente como para pararte a pensar.»

Orweyna ya no era una niña. Nadie vendría a quitarle el polvo y enseñarle a hacer las cosas. Aunque ella *sí* que podía pararse a pensar y razonar. La haranir se llevó la mano al corazón y dejó que la tristeza que sentía se reflejara en su rostro. Un pequeño tirón de la cuerda y todo se soltó.

Los ojos del rutaani parpadearon lentamente.

Hagar estaba equivocada. Orweyna *sí* que había preguntado qué significaban aquellas pinturas rupestres para ella. Cien veces, mil, un millón. Simplemente, no se lo había preguntado a *Hagar*. Durante esa eternidad sin Amarakk, se lo había preguntado a sí misma una y otra vez. Se lo había preguntado a Teldrassil. Y se lo había preguntado a la diosa. Pero su única respuesta era la que ya sabía, sincopada por la misma canción constante que había escuchado durante toda su vida.

Cerró los ojos y comenzó a cantarla. La canción de la diosa, tan mal como podía cantarla con su simple y sencilla boca. Por Chaaga. Por Amarakk. Por todos ellos. Por sus padres y Hagar y la pobre bestia a la que había dado muerte tanto tiempo atrás, demasiado destrozada para comprender siquiera lo que le estaba pasando. Su canción no tenía letra, pues la diosa no se comunicaba con palabras.

Pero cuando abrió los ojos, vio que el gigantesco rutaani le tendía la mano, lo bastante abajo para que ella la alcanzara. En su palma floreciente había dos semillas nacaradas.

—Cuánto dolor...

Chaaga se llevó la otra mano a la oreja. La dejó caer a su lado y la volvió a levantar.

—Plántalas donde bloqueen el sonido. No lo detienen. Lo ralentizan, lo frenan.

Sí que había una manera.



AGUA

Orweyna no lo entendía.

Ni siquiera después de sentir los últimos estertores de una de esas pobres monstruosidades en sus manos. Ni siquiera después de que la anciana Hagar se lo hubiera explicado cientos de veces de la manera más clara posible. Ni después de todas las historias contadas a la luz de las flores, ni después de las pinturas del Cubil de los Recuerdos. Había escuchado, como con tantas otras cosas. Pero seguía pensando en la Falla de AIn como un lugar amplio y solitario, una extensión desolada de sombra y penumbra. De vez en cuando, acaso una vez al año, quizá menos, una bestia trágica e inefable lograba cruzar miserablemente la tierra maldita antes de ser abatida por los valientes Shul'ka.

No lo entendía.

La Falla estaba *llena*.

Orweyna ya oía los gritos antes de acercarse al borde del gran abismo prohibido. Gritos imposibles. Ningún ser vivo podía emitir esos sonidos. Eran heridas que se podían oír.

Sin perder un instante, se introdujo las semillas de Chaaga en los oídos. Esos gritos, incluso en la distancia, le desgarraban la propia identidad, hambrientos de la *idea* de Orweyna, del sentimiento que tiene todo ser pensante sobre quién es y quién ha sido. Las semillas le provocaron un pequeño escalofrío, como el agua que se desliza por la oreja cuando sales del río después de nadar y pescar durante todo el día. Luego, un pinchazo agudo y penetrante y, después, la bendición del silencio.

Orweyna no sabía qué esperar. Suponía que se creía inteligente. Suponía que estaba orgullosa de haberlo razonado todo tan bien y de haber conseguido convencer a un seto gigantesco para que la ayudara. Suponía que pensaba que sería posible convertirse en una shul'ka sin pagar su precio y luego volver tan alegremente a su vida sin preocupaciones, tan buena y real como la suya.

«Si esta haranir busca la Falla, esta haranir busca la muerte».



Orweyna sintió que le salían unos largos pétalos extraños con puntas rizadas de las orejas. Sintió que sus estambres y pistilos perforaban el aire y crecían en cientos de colores sin nombres para protegerla de los sonidos tapándole los oídos. Para proteger su *yo* más profundo. Pero seguía oyendo la dulce y antigua canción de la diosa en su interior. Simplemente no podía oír nada *más*.

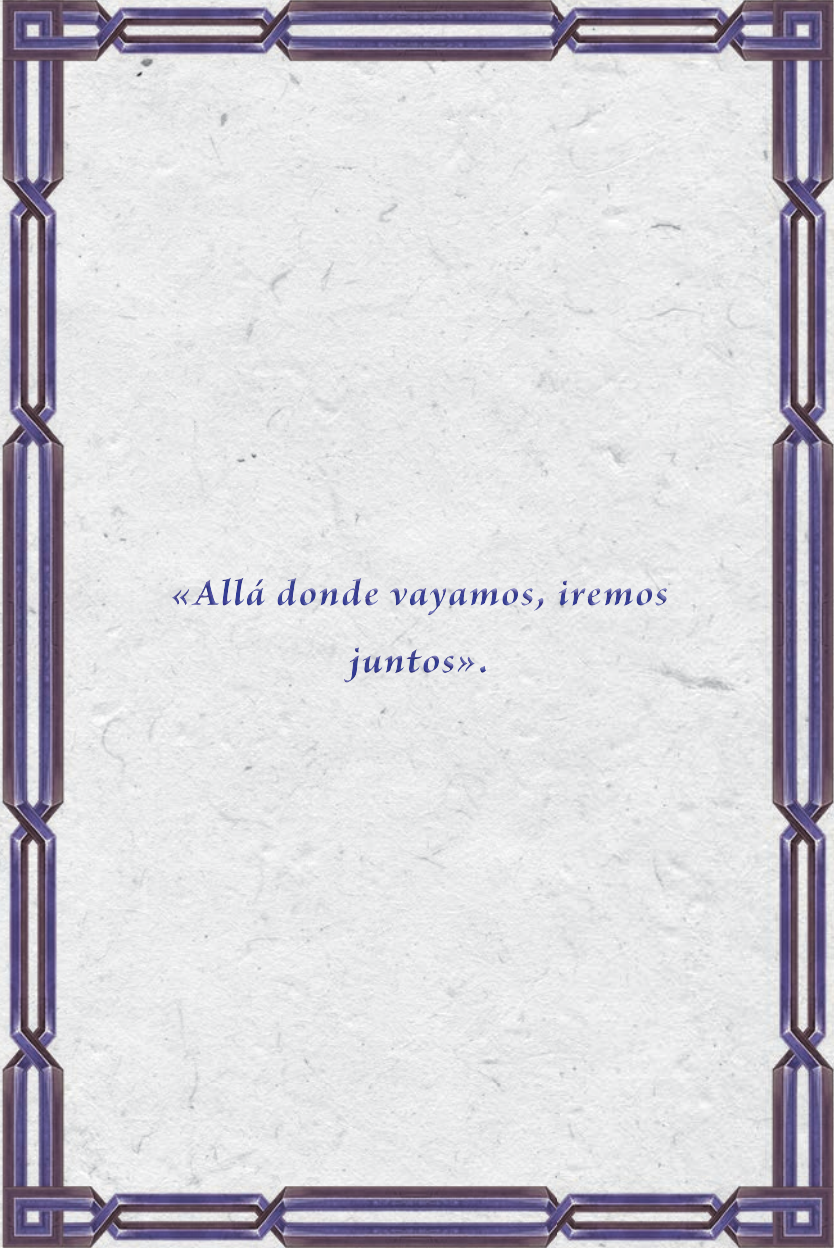
Y, por un momento, pensó de verdad que eso funcionaría tan bien como el método de los Shul'ka. Como si hubieran hecho un pacto con los rutaani y cultivado miles de semillas para los oídos de ser sencillas las cosas.

El primer golpe de una pata erizada de colmillos espinosos, tan certera como un cuchillo que atravesara la piel, le reveló su estupidez con un color cegador. Ni siquiera había oído sus pasos. No había oído sus gritos, ni el estruendo de su rostro brillante mientras las docenas de mandíbulas translúcidas de aquellos seres se agitaban juntas, rasgando la delicada piel de su propia garganta. No había oído su respiración mientras la acechaban en las aguas poco profundas de la Falla, ni las piedras que se partían bajo sus pies imposibles. No supo que el despreciado por Aln estaba ahí hasta que se abalanzó sobre ella, mordiénola, arañándola, vomitando icor y otras cosas peores sobre su rostro, tratando de ahogarla en sus restos.

Orweyna sintió cómo le desgarraba el hombro con los dientes. Gritó, pero tampoco pudo oír nada, solo el lento, triste y entrecortado llanto de la canción de la diosa mientras el dolor la invadía; la volvería loca en cuestión de segundos si la bestia no la mataba primero. La criatura era mucho más grande que la que habían matado en la niebla. Mucho más grande que la que había acechado en sus pesadillas durante años. Su enorme peso la inmovilizaba contra el suelo, y su aliento sobre su cuello le quemaba la piel. Por suerte para ella, no podía oír sus propios gritos por encima de la retorcida canción de la diosa.

Y entonces el peso y el hedor desaparecieron. Orweyna se recompuso tan rápido como pudo y cogió sus armas, jadeando, agotada. Lo único que veía era la carne luminosa que se movía en la oscuridad. Lo único que oía era la retorcida e incesante canción de la diosa.

«Allá donde vayamos, iremos juntos».



*«Allá donde vayamos, iremos
juntos».*

Amarakk estaba sobre el improbable lomo de la bestia. Orweyna apenas lo reconoció: demacrado y fuerte a la vez, sombrío, más viejo. Su boca se había abierta de par en par; también él estaba gritando. Pero ella no podía oírlo. No podía saber si aullaba su nombre o si gritaba con rabia muda a la bestia. No pudo oír cómo, finalmente, cortaba su espada la garganta de la pesadilla y salpicaba la espesura con sus restos.

Lo único que podía oír era esa retorcida canción. Pasó un momento insoportable, y luego otro.

Lo último que vio fueron los ojos de Amarakk antes de que el dolor la consumiera.



VERDE

Cuando despertó, Orweyna pudo oír la canción de la diosa con más fuerza que nunca. Podía sentir que vibraba en su pecho, como si intentara expulsar el dolor que la inundaba.

Entonces se dio cuenta de que no estaba sola.

Los dos niños estaban de pie, aunque ya no eran niños. Jamás volverían a serlo. Respiraban con dificultad. Se miraban fijamente. Las flores de sus oídos se marchitaron y cayeron. Pudo volver a oír el murmullo de las criaturas que les acechaban desde lo más profundo del Valle de las Nieblas. Él la había llevado a su propio campamento: un sencillo refugio al que podía acudir en caso de necesidad. Orweyna pensó con amargura en cómo se habría reído el antiguo Amarakk al ver las flores que brotaban de su cabeza. Cómo le habría prestado cualquier tienda que tuviera antes de usarla él mismo.

Pero este Amarakk nunca volvería a reír.

Sus miradas se entrelazaron durante un rato que pareció eterno.

—¿Cómo suena? —preguntó Amarakk en voz baja—. No puedo recordarla. Debes decírmelo. Me debes ese consuelo.

Orweyna cerró los ojos para contener las lágrimas.

—No puede ser. Seguro que aún puedes oírla, aunque sea un susurro. Sé que puedes. Siempre has sido muy fuerte. Debes intentarlo.

—¿Crees que no lo he hecho?

—¡Inténtalo!

—No hay *nada* que intentar. Cuando acudo al rincón de mi memoria donde debería estar, solo encuentro vacío. Viento. Ramas muertas en la oscuridad.

Orweyna no estaba dispuesta a echarse a llorar. No volvería a comportarse como una cría. Si él no podía, lo intentaría ella.

—La canción de la diosa suena como los colores de las estrellas. Como la primavera que llega de golpe. Como el tarareo de tu madre mientras teje una cesta y la llena de fruta, y la fruta también crece. Suena como llorar y reír y crecer, y suena como la sensación de tu mano sobre la mía. Así suena. ¿Ya tienes tu consuelo?

—No, Orweyna. No, y nunca lo tendré.

—Ven conmigo, entonces. Vayámonos juntos, como siempre. No importa lo que te hayas hecho. Podemos atravesar la maleza y partir al otro mundo. Construir una nueva vida allí.

Amarakk negó con la cabeza. Orweyna apenas alcanzaba a ver su cara.

—Ya es demasiado tarde para eso. Sé demasiado.

—No sabes nada. Solo sospechas. Ni siquiera te quedaste para preguntarme por mi destino. Un gesto del todo descortés, si quieres saber lo que pienso.

—Sé lo que soy, Orweyna. Lo que debo ser. Creo que siempre lo he sabido, desde aquel día en la niebla. Mis pasos no podían llevarme a ningún otro lugar. Creo que pasé tanto tiempo contigo porque siempre supe que tendría un final.

—Y ahora ni siquiera me lo preguntas. Solo piensas en ti mismo. Voy a *ascender*, Amarakk. Arriba. Las raíces quieren llevarme a allí. La diosa quiere que ascienda. Sabes lo que eso significa. Sabes dónde terminará ese ascenso. Azeroth, Amarakk. *¡Azeroth!* ¡Ven conmigo! ¡Hay espacio más que suficiente para nosotros allí arriba!

—Pero ¿y si no es lo correcto, Orweyna?

—No seas idiota, sir Miedica. La ceremonia nunca se equivoca. La canción suena y nosotros bailamos. Así ha sido siempre.

Orweyna hizo una mueca al darse cuenta de lo que estaba diciendo realmente. Pero no lo aceptaría, aunque saliera de sus labios.

—Me traicionaste —dijo entre dientes—. Te odiaría si pudiera, Amarakk.



—Inténtalo —le respondió él con tristeza.

Casi una sonrisa, casi familiar.

—¡Me mentiste! ¡Me mentiste! —le contestó, llena de furia y desesperación—. ¡Éramos una sola cosa, y nos hiciste mil añicos antes de que pudiéramos siquiera empezar a vivir! ¿Que siempre lo supiste? Yo estaba ahí, Amarakk, y no, *¡no siempre lo supiste!*

—Nunca te he mentido, Orweyna. Nunca miento. No puedo hacerlo. Excepto quizá a mí mismo.

—Allá donde vayamos, ¿iremos juntos?

Amarakk, por un momento, tal vez por última vez, tuvo la decencia de parecer contrariado.

—Olvidate de los despreciados por Aln —Orweyna se limpió la nariz con el dorso de la mano y sollozó abiertamente por última vez—. *Yo* te desprecio. Yo. Te has mutilado. ¿No extrañas la canción? ¿Ni a nuestra diosa?

Los colmillos de Amarakk relampaguearon con furia en la niebla.

—Si vuelves a preguntarme eso, me alejaré de ti para no volver nunca. Jamás te he preguntado si echas de menos a tus padres, Orweyna. No tienes derecho a preguntarme eso.

—¿No me echas de menos? *¿A mí?* —le susurró.

Amarakk respondió con un largo silencio.

—Hay cosas más importantes que las promesas.

—¡Más mentiras! ¿Qué podría ser más importante que nosotros? ¿Más importante que nuestras vidas aquí, creciendo, madurando, envejeciendo en unidad con nuestro pueblo como ha hecho el resto?

—¿*Ahora* quieres hacer lo que el resto? *¿Tú*, Orweyna?

Orweyna entrelazó sus dedos como una niña pequeña, destrozada de nuevo.

—Eras lo único que tenía. Toda nuestra vida hemos oído la misma canción que resonaba en nuestro interior, y ahora nunca lo haremos. Nuestra parte de la melodía no volverá a sonar en la gran canción. Y tú no me lo dijiste. Simplemente, te fuiste. Ni siquiera me cantaste un adiós.

—Hay cosas más importantes que las despedidas.

—Pues dime. Dime, Amarakk. ¿Qué es más importante que tu juramento y tu honor?

Amarakk aulló a la niebla infinita. Un aullido de agonía que nació en sus huesos y recorrió su garganta.

—*Tú*. ¡Tú, Orweyna! Y mi madre y mi padre y Hagar y Hannan y todos y cada uno de los haranir. Para mantenerte a salvo, no hay juramento que no quebrantaría, y el honor no alimenta a nadie; y mucho menos a los muertos. Vi cómo sucedía. El sueño fue bastante claro. Os vi a todos muertos y destrozados; vi Harandar desangrarse. Y yo podía impedir que pasara. ¡Solo tenía que renunciar a todo!

En medio del silencio resonante, la respuesta de Orweyna fue rápida.

—No puedo perdonarte, Amarakk.

—Y yo no puedo perdonarte *a ti*, Orweyna. Me alegro de que te espere una aventura bajo el sol. Una gran misión encomendada por la diosa. Veo cómo recorre tus venas la luz. Pero mi lugar está entre las sombras.

—¿Por qué tendrías que perdonarme? Yo no me he mutilado sin decir palabra. Yo no he roto ningún juramento.

Pero sus palabras carecían de fuerza. Ya había perdido, y lo sabía.

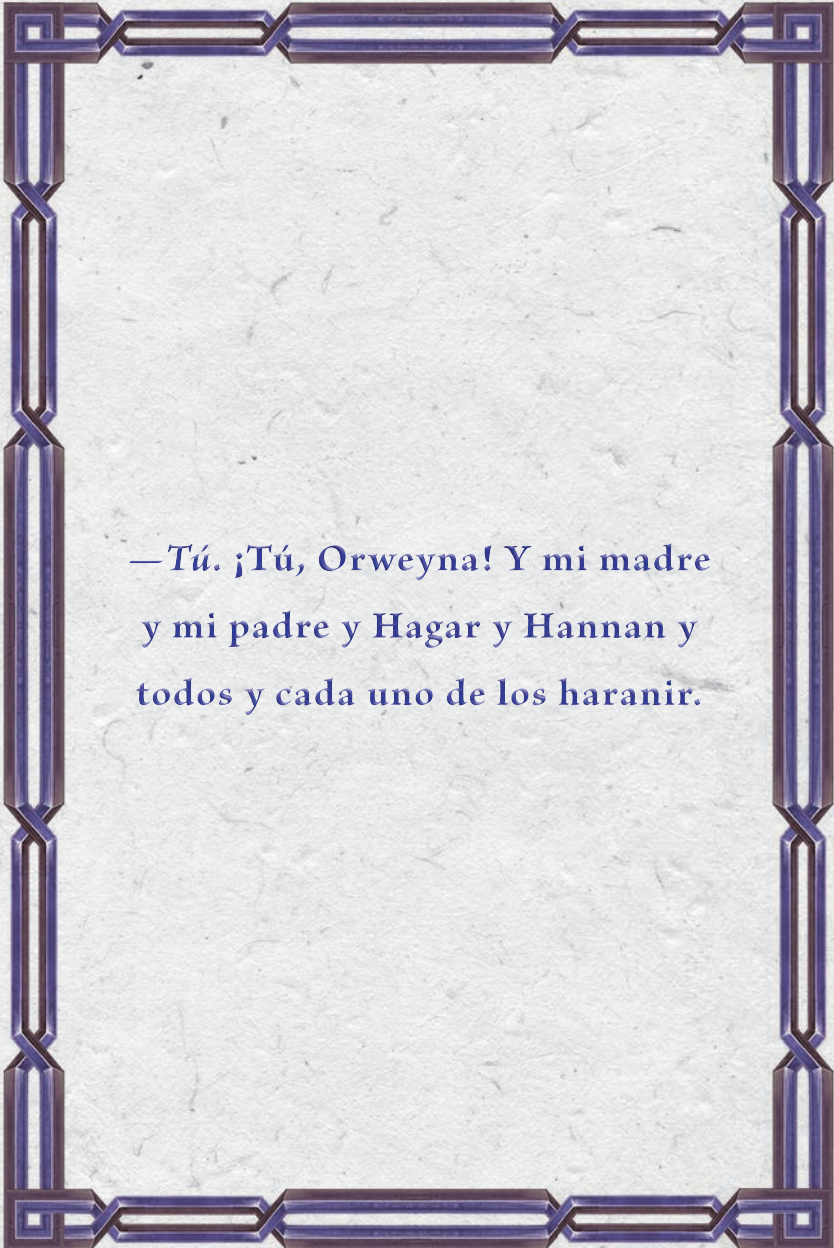
Amarakk intentó cogerla de la mano, pero Orweyna la apartó bruscamente, a lo que Amarakk respondió con tristeza.

—No podías dejarme ir, vieja amiga. En tu arrogancia, antepusiste tu juicio al de la diosa. No creíste que pudiera sobrevivir sin ti. Porque me salvaste una vez y pensaste que no podría ser yo mismo sin tu ayuda. Ese día, en este lugar, en la niebla, esa fue *tu* victoria; pero yo también perdí algo. Y nunca pudiste ver mi vergüenza. Solo tu triunfo. Nada más te importó.

—Dije que jamás volvería a abandonarte. *No hay nada* más importante que una promesa. Yo no rompí la mía. También tuve visiones; también pinté mi pared. Quería contártelo, pero te habías ido.

—¿Qué viste?

—Me movía dentro de ella. Me movía *como si fuera* ella. *Era* ella. Aln'hara, privada de su inocencia. Robada a sí misma. Y si yo desperté de esa visión,



—Tú. ¡Tú, Orweyna! Y mi madre
y mi padre y Hagar y Hannan y
todos y cada uno de los haranir.

Amarakk, si la pesadilla terminó para mí, tal vez pueda también terminar para ella. Tal vez exista una manera. Tal vez pueda salvarla. Tal vez la manera esté allí arriba. En Azeroth. Donde brilla el sol. Si no, ¿por qué me enviaría la diosa un sueño de su propio dolor?

—Espero que encuentres la manera, Orweyna. De verdad. Que su canción te siga dondequiera que vayas.

—Pero tú no lo harás.

—Yo no lo haré.

Orweyna podía oír en la canción de la diosa la agonía y el dolor de su amigo, el conflicto que latía en su interior, la forma en que su visión lo poseía, sin dejar de asfixiarla a menos que aceptara seguirla. Se compadecía y lo lamentaba por él. Con el tiempo, acabaría perdonándolo aunque jamás lo dijera.

Pero Amarakk no podía oír su dolor en la canción de la diosa. Ya no. No podía oír el corazón de Orweyna, su sueño, sus razones, su ira, su culpa, su soledad, su desesperación. Su pérdida.

Simplemente se quedaron ahí, entre los restos de su infancia, solos y separados en sus propias mentes, enfurecidos mutuamente en el silencio, acusándose y defendiéndose. Eran una cesta con un solo asa; una cesta desgastada y a punto de romperse.

Sin embargo, seguían entendiéndose. Siempre lo habían hecho.

—Mi sir Miedica... —susurró Orweyna—. No me abandones.

Pero lo hizo. Y ella se quedó sola.



FLOR

Orweyna se volvió fuerte y resistente. Tuvo mucho tiempo para pensar mientras crecía. Pasó tanto tiempo que hasta el pequeño Hannan acabó convirtiéndose en un adulto. Lo mismo hicieron los viejos amigos de Orweyna y Amarakk. Quizás cinco fueran suficiente. O quizá no. Seis sería mejor. Pero a veces un recipiente se rompe de tal manera que resulta imposible repararlo. Orweyna aún no había decidido si compartiría

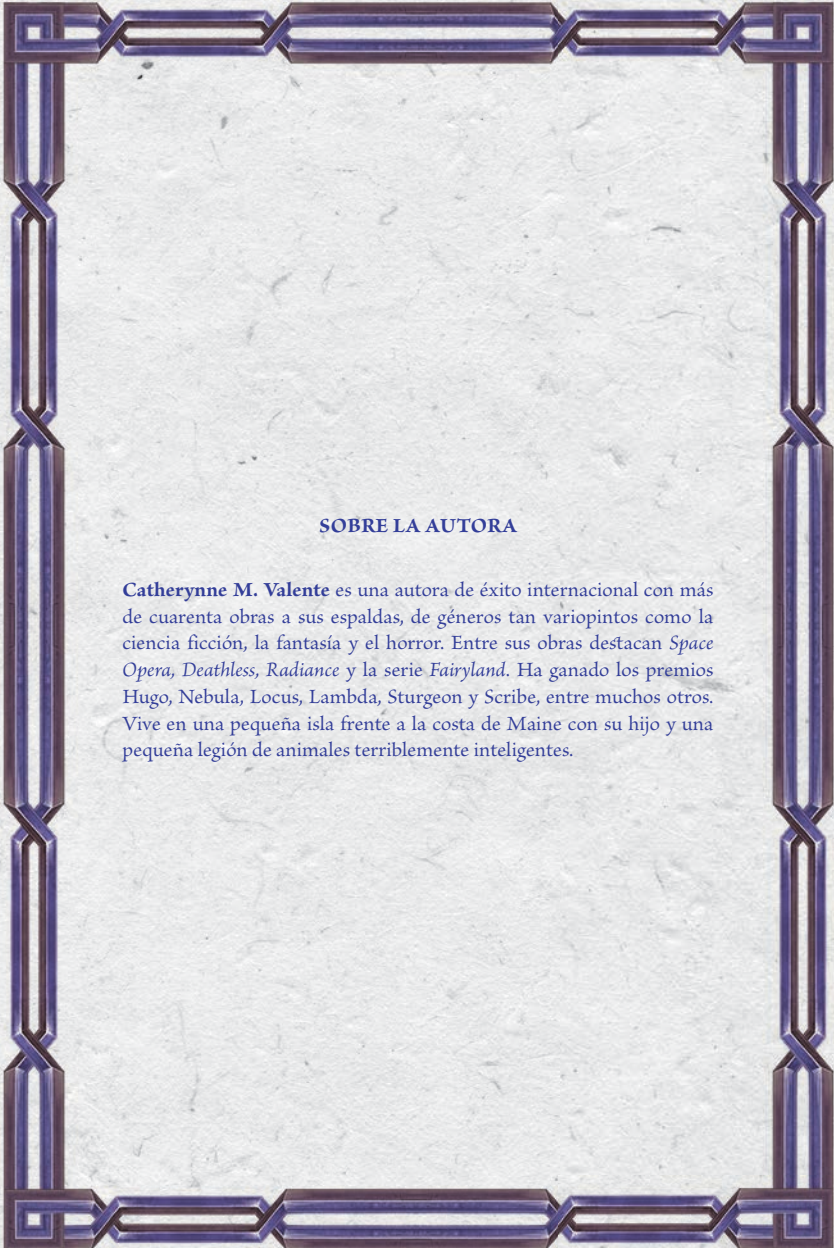
con los demás que su viaje era para salvar a Amarakk o a la propia diosa. No sabía con certeza qué versión creerían. Y ella misma no estaba segura de qué deseaba más.

Pero mientras se preparaba para el resto de su vida (*«arriba, siempre arriba; elevándose con las raíces»*), mientras guardaba sus pertenencias, sus memorias, todo lo que tenía que era joven y nuevo, se aferró a una cosa por encima de todo, una cosa preciosa de Harandar que la mantendría caliente durante las frías noches en la superficie, incluso por encima de la visión que la diosa le enviaba cuando dormía y cuando despertaba.

Mientras Amarakk se apartaba de ella, pudo ver el brillo de su viejo amuleto bajo su capa. Esa vieja piedra con un dibujo infantil grabado.

El amuleto de Amarakk, más detallado que el de Orweyna, también colgaba bajo su capa el día que abandonó su mundo. Junto a su corazón. Junto al de Amarakk.

Entre ellos y lo que quiera que les deparase el destino.



SOBRE LA AUTORA

Catherynne M. Valente es una autora de éxito internacional con más de cuarenta obras a sus espaldas, de géneros tan variopintos como la ciencia ficción, la fantasía y el horror. Entre sus obras destacan *Space Opera*, *Deathless*, *Radiance* y la serie *Fairyland*. Ha ganado los premios Hugo, Nebula, Locus, Lambda, Sturgeon y Scribe, entre muchos otros. Vive en una pequeña isla frente a la costa de Maine con su hijo y una pequeña legión de animales terriblemente inteligentes.